La Bordadita

Imagen de Nuestra Señora, bordada por la Reina Margarita de Austria para el Colegio del Rosario. Venérase en el altar de la Capilla.
A LA SANTA MEMORIA
DEL ILUSTRISIMO SEÑOR MAESTRO
DON FRAY CRISTOBAL DE TORRES
DE LA ORDEN DE PREDICADORES
PRIOR DEL CONVENTO DE SAN PABLO DE BURGOS
CATEDRATICO DE ARTES Y TEOLOGIA
EN BURGOS TORO Y TOLEDO
PREDICADOR DE FELIPE III Y FELIPE IV
ARZOBISPO DE SANTA FE EN EL NUEVO REINO
FUNDADOR DE ESTE COLEGIO MAYOR
PADRE DE LOS POBRES
PROTECTOR DE LOS HUIRFANOS AMPARO DE LOS INDIOS
SABIO Y SANTO
ACERRIMO DEFENSOR DE LOS DERECHOS DE LA IGLESIA
PRECURSOR DE LA REPUBLICA
LOS DIRECTORES DE ESTA REVISTA
EN NOMBRE DEL CLAUSTRO
COMO TESTIMONIO DE GRATITUD VENERACION Y AMOR
EL PRESENTE NUMERO
HUMILDEMENTE CONSAGRAN Y DEDICAN
REAL CEDULA

DE FELIPE III, POR LA CUAL SE CONCEDE EL TITULO Y EMPLEO
DE PREDICADOR DE S. M. AL R. P. PRESENTADO FRAY
CRISTÓBAL DE TORRES

Nos Don Phelipe por la gracia de Dios Rey de Castilla de Leon de Aragon de las dos sicilias de Jerus&m de Portugal de Navarra y de las Indias &a. Hacemos saver a vos los nros (1) mayor domo mayor y contador de la despensa y raciones de esta casa q.ª acatando las letras ejemplo y buena dotrina del P.ª Presentado fray Christoval de Torres dela orden de Sancto Domingo es nra voluntad de recivirle como por la presente le recivimos por nro Predicador y que aya y tenga de nos de racion y quitacion en cada un año otros tantos m'res (2) como an y tienen cada uno de los otros predicadores. Porense os mandamos que le pongais y asenteis assi en los nros libros y nominas que vosotros teneis y le libreis los dhos (3) m'res este presente año de Mill y seiscientos y diez y siete desde el dia de la fecha deste nro. alvalla (4) lo que dellos huviere de aver prorrata hasta fin del y dende en adelante encada un año entera mente a los tiempos segun y quando Libraredes a los otros nros. predicadores los semejantes m'res q.ª de nos tienen ya sentado el traslado deste nro. alvalla en los dhos nros libros y este original sobre escrito y librado de vosotros Volved al dho. P.ª Presentado Fray Xpoval de Torres para que le tenga por titulo del dho asiento por virtud del qual mandamos al nro Capellan y sacristan mayor y a todos

(1) Nuestros
(2) Maravedises.
(3) Dichos.
(4) Albalá—Real cédula que concede merced ó privilegio.
Estatua de Fray Cristóbal de Torres

Obra del escultor barcelonés Dionisio Renart, fundida en el taller de Cascati y Compañía
REAL CÉDULA

otros oficiales de nra. Capilla que le ayan y reciban por nro. predicador y le dexen y consientan entrar y estar en ella y le guarden y hagan guardar todas las honras y graces mandadas (5) y que las reviertan no deberá por razón de ser nro. predicador debe a ver y gozar y le deven ser guardadas bien y cumplida mente sin faltare cosa alguna hecho en Madrid a diez de enero de mill y seisientos y diez y siete años.

YO EL REY

Yo Thomas de Angulo Secretario del Rey nuestro señor la fise escribir por su mandado (rúbrica).

Asiento de Predicador de V M. al P. Presentado Fray Xpoval de Torres de la orden de Santo Domingo.

el Patriarca de las Indias dice V. M. lo mando.

Asentose este alvala de sumag. en los Libros q. tienen el mayordomo mayor y consta de la casa de Castilla para que se cumpla lo en el contenido y aya efecto,

Her. de Soto (rúbrica)

En el Padre Presentado Fray Christoval de Torres de la orden de S. Domingo, concurren las calidades que para ser predicador de su Mag. son necesarias como me consta por la información que para ello se a hecho por comision mia, y mando que el D. Sebastian Lopez de Tribaldos Cappellan de Su Mag. y Receptor de su Real Cappilla le de la posesion de tal predicador Recibiendo Primero el Juram. acostumbrado y derechos de entrada, en Madrid veinte y uno de Henero de Mill seis cientos y diez y siete años.

EL PATRIARCHA

(5) Mercedes.
TRASLACIÓN

DE LOS RESTOS DE FRAY CRISTÓBAL DE TORRES, DE LA CATEDRAL Á LA CAPILLA DEL COLEGIO DEL ROSARIO (1)

RELACIÓN

DE LA TRASLACIÓN, EXHUMACIÓN Y EXÉQUIAS

El día 3 de Noviembre de 1793 se ha presentado á la ciudad de Santafé un espectáculo digno de la atención de sus actuales habitadores, y del conocimiento de los futuros. Un monumento erigido á la memoria del Ilmo. Sr. D. Fray Cristóbal de Torres, dignísimo Arzobispo de esta Metrópoli, y Fundador del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en ella, pide se trasmita á la posteridad la noticia de su origen y las circunstancias de su dedicación. La piedad, la veneración, y la ternura de los hijos de esta Casa, construida y dotada á sus expensas, no quedarán obscurecida en las tinieblas y el olvido que arrastra el torrente de los siglos; y la traslación y sepultura dada á las venerables cenizas de este Ilmo. Prelado en la Capilla del Colegio, será un público testimonio de la gratitud de sus alumnos. También es justo que habiéndose hecho todo por una gratuita contribución de cuantos se glorían de

(1) Oración que en alabanza del Ilustrísimo Sr. D. Fray Cristóbal de Torres, insigne Fundador del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario de Santafé de Bogotá, dijo su actual Rector Dr. D. Fernando Caycedo y Flórez, el día tres de Noviembre de mil setecientos noventa y tres, en que en cumplimiento de su última voluntad, se dio sepultura á su venerable cadáver en la Capilla de su Colegio, trasladándolo á ella de la Santa Iglesia Catedral—En Santafé de Bogotá—MDCCXCIII. En la Imprenta Patriótica—Plazuela de San Carlos.

Contiene el folleto la relación que sigue en 20 páginas en 8.º y la Oración en 52 páginas.
contarse en este número, no sean defraudados de la noticia del magnífico aparato y pompa con que se ejecutó los que por su distancia no pudieron derramar sus lágrimas con los presentes, ni ser mutuos testigos de la efusión de su corazón. Y hé aquí los motivos de la presente relación.

El Sr. Torres, duodécimo Arzobispo de esta capital, había muerto hace el espacio de ciento treinta y nueve años; previniendo en su testamento se le enterrase en la Capilla del Colegio, que acababa de fundar. Esta su última voluntad no pudo tener por entonces su debido cumplimiento, por unos motivos que no nos han conservado los monumentos que nos restan de aquellos tiempos, o que nos roba su oscuridad. Lo único que nos han dejado escrito sus albaceas, es que esta disposición del testador halló contradicciones en el Cabildo Eclesiástico de la capital, á cuya solicitud, nacida tal vez de la piedad y veneración con que miraba al Sr. Torres, y del dolor que le causaba ver privada la Catedral de la posesión de estas reliquias, determinó la Real Audiencia se pusiese en depósito en ella su cadáver.

En esta calidad se ha mantenido el tiempo que hemos dicho; sin que ni la actividad de los ejecutores de su testamento, al principio, ni la diligencia, reconocimiento y ternura de los Rectores y los hijos del Colegio, después, hubiesen podido verificar la meditada traslación de sus huesos hasta ahora. Es creíble que hubiesen subsistido en los tiempos inmediatos á su muerte los obstáculos que impidieron el éxito de la suprema voluntad del testador para con los primeros; y que aquella especie de lenguidez y abatimiento, á que redujeron la usurpación y las más fuertes contradicciones al recién nacido establecimiento del Colegio en los posteriores, no hubiesen permitido llevarlas á efecto á los segundos. Para una traslación y entierro digno de esas venerables cenizas, se necesitaba aprontar una suma considerable de dinero, y se sabe que aún hoy el patrimonio del Colegio está fundado en el amor, en
la adhesión inviolable, y en la mutua concordia de sus hijos.

Mientras que estas dificultades retardaban el cumplimiento de aquel sagrado encargo del Fundador, el tiempo, si no borró, iba debilitando sucesivamente su memoria, que acabó casi de extinguirse con la confusión del testamento, que no se registraba en el Archivo del Colegio, y yacía sepultado en uno de la ciudad.

La invención de este precioso documento, debida al celo y actividad del actual Rector, D. Fernando Caycedo y Flórez, comenzó á dar nuevo impulso á la empresa de la traslación. En breve se hallaron reunidos los votos de cuantos habían vestido la beca en el Colegio, ofreciendo y contribuyendo gratuitamente para ella cada uno á proporción de sus facultades. El entusiasmo se apoderó en un momento de sus corazones. Sin violencia, sin esfuerzo de parte del que la debía promover, los más de los que actualmente residían en la capital vinieron á ofrecer por sí mismos el donativo del amor, de la ternura y del reconocimiento. Los ausentes contestaron á la circular de que se les comunicaba el proyecto, con expresiones llenas de calor, y de los más vivos sentimientos de respeto hacia el Fundador: acompañando considerables contribuciones, y envidiando la suerte de los que tuviesen la dicha de pagar otro tributo más, debido á su memoria: las lágrimas sobre el sepulcro. Sus cartas se conservan en el Archivo del Colegio como un precioso testimonio de su ternura y su agradecimiento; como los nombres de todos en sus libros para recuerdo y para ejemplo de los venideros.

Dispuestos así los ánimos, y allanada la primer dificultad, que ofrecía la escasez de facultades del Colegio, se propuso el pensamiento al Ilmo. Sr. D. Baltasar Jaime Martínez Compañón, Arzobispo actual de esta capital; y habiendo hallado en él la más benigna y favorable acogida, se obtuvo desde luego su permiso para hacer la exhumación.
El largo transcurso de ciento treinta y nueve años que se había mantenido el cuerpo del Sr. Torres bajo de tierra, y en un terreno bastante húmedo, no había dejado noticia alguna de su sepultura entre los vivos, y causaba no ligeros sobresaltos y temores de que aun encontrada, ya el tiempo lo hubiese consumido.

Los ejecutores de su testamento decían vagamente que había sido depositado en la Catedral. En el Archivo del Cabildo Eclesiástico tampoco se encontró documento relativo al asunto. Recorrieronse los autores coetáneos que nos restan de aquel tiempo, y felizmente se hallaron noticias circunstanciadas y precisas del lugar de su sepultura en el Nobiliario de D. Juan Flórez de Ocáriz, y en la Historia del Nuevo Reino, de Zamora.

Es verdad que no bastaron á calmar enteramente los recelos, porque como ambos le asignasen por sepultura el lugar que está bajo el Ara Máxima y su tarima, en la Catedral; y, además, el presbítero hubiese tenido en los tiempos posteriores alguna inmutación, se temió que estando expresamente prohibido por varios decretos de la Sagrada Congregación de Ritos, enterrar ningún cadáver, si no es los de los mártires, bajo el altar, podían haber padecido los citados autores alguna equivocación; y que cuando esto nó, la nueva forma que se había dado al presbítero, y de que apenas había memoria, hubiese dado también ocasión de remover los huesos de su lugar.

Entre estas dudas y temores, que aumentaba á los ojos del Colegio y de sus hijos el vivísimo deseo que tenían de que reposasen las cenizas de su Fundador en su Capilla, y el sentimiento que debía causarles ver frustradas sus más dulces esperanzas, se asignó el 29 de Abril para la excavación. Llegado este día esperado con impaciencia, se trasladaron á la Catedral el Rector, el Vicerrector, Consiliarios y Secretario del Colegio, acompañados del Notario Mayor Eclesiástico, D. Antonio del Solar; y dando principio á la obra, guiados de las noticias expresadas, á
poco rato quedaron desvanecidos sus recelos; se encontró el suspirado depósito que había conservado fielmente la tierra; y los interesados en tan precioso hallazgo se dieron recíprocas enhorabuenas por su dicha.

Un simple cajón de madera, que se deshizo al tocarle, abrigaba algunas de las partes más sólidas del cuerpo, y el polvo a que había reducido el tiempo las demás. También se encontraron fragmentos de las vestiduras pontificiales, mitra, birrete, guantes, tunicelas, medias, chinelas, y un anillo de ópal montado en oro.

Ya á este tiempo, sin embargo de haberse cerrado las puertas de la iglesia, había concurrido gran número de gentes de todas clases á ella, pareciendo tener todas un interés común en la invención. La fama de virtud y santidad que había dejado el Sr. Torres al morir, y la grata memoria de sus beneficios, que mantienen los establecimientos de la capital que deben su origen á su liberalidad, atrajeron personas de todas condiciones á su sepulcro, como para darle un testimonio de su agradecimiento. Los hijos predilectos de este buen Padre, que han sentido y sienten tan de lleno los efectos de su beneficencia, á quienes sus empleos ó ocupaciones no retuvieron á su pesar, no esperaron á que se les contase su hallazgo: todos concurrieron á porfa á venerar los despojos del tiempo y de la muerte, que algún día animó el espíritu generoso, que los había comprendido á todos en sus liberalidades, y que había extendido sus miras benéficas á las generaciones presentes y futuras. El menos sensible, el menos tierno, sintió conmovido su corazón, extendió sus manos reverentes hacia las sagradas vestiduras que cubrieron su cadáver, y regó sus cenizas con sus lágrimas.

El Rector, agitado á un mismo tiempo de dos distintos afectos, la alegría y el dolor, dio esta vez el más raro ejemplo y las pruebas más sensibles de piedad, de ternura y de veneración al Fundador. Sin permitir que otras manos menos respetuosas y menos dignas, que las de un
SEPULCRO DEL FUNDADOR
en el Presbiterio de la Capilla
hijo, y un inistro del altar, exhumasen su cadáver, descendió el mismo á la fosa, y con todo el esmero y prolijidad que le inspiraban su amor y reverencia á tan preciosas reliquias, separó y trasladó á otro cajón, preparado al efecto de antemano, una por una las partes que aún quedaban.

Ya la Comunidad, prevenida anticipadamente para este caso, había pasado al primer aviso del Rector, de su Colegio á la Catedral, desde donde formada en dos alas con luceres en las manos y acompañada de un numeroso concurso de gentes, condujo las reliquias, que tomaron en sus hombros el Vicerrector y principales miembros, á la Capilla inmediata del Sagrario, en donde quedaron depositadas mientras se les preparaba un digno reclinatorio en la del Colegio.

Para hacerlo con la magnificencia posible, no se ha perdonado gasto, ni fatiga. La escasez de mármoles que padece esta ciudad, en cuyos contornos, pero á mucha distancia, sólo se conoce una mina de estas apreciables piedras, hizo echar mano del estuco para la construcción de la urna sepulcral, que se ha levantado al lado del Evangelio en su presbiterio. Su obra es sencilla, pero graciosa, de orden dorico y con los adornos propios de las de su especie. Sobre un pedestal ó meseta de una altura proporcionada, descansa en el medio la bóveda que contiene la caja de plomo en que se depositaron las cenizas; presentando á la vista la figura rematada en forma de concha; y á los lados las bases de dos bien torneadas columnas, que sostienen la cornisa, y con la cual forman un nicho en que se ha colocado una primorosa estatua del Sr. Torres. Sobre la cornisa sigue la coronación, ó remate de la urna, compuesto de un triángulo cortado por el vértice, y tres jarrones con otros ligeros adornos. El primer zócalo, ó basamento, que exigía la naturaleza del sitio en que se construyó la urna y los pedestales, imitan con mucha propiedad diversos mármoles por una artificiosa mezcla de colores. Las
bases y capitales de las columnas, adornos del cornisa-
mento, y perfiles de toda la obra, dorados; y el resto de
las partes de que se compone, principalmente el fuste de
las columnas, remedia perfectamente el alabastro en su más
hermoso lustre y blancura.

La excelente estatua del Sr. Torres, de que hemos
hablado, es hecha seguramente en su vida, exactamente
conservada, y muy parecida á todos los retratos que posee
el Colegio del Fundador. Está puesta de rodillas con
capa magna encarnada, y vuelta hacia el altar mayor con
las manos en acción de orar. La dulzura de su rostro, y
un aire de suplicante, pero apacible y risueño, dan no sé
qué idea de su afabilidad, de su inocencia, de esa dichosa
tranquilidad de alma, que sólo da la virtud, y que es al
mismo tiempo su recompensa. También son éstos los colo-
res con que nos pintan á este amabilísimo Prelado los
que han escrito sobre su vida, y la impresión que dejan
en el corazón sus mismos escritos.

En la cara que presenta la bóveda á la iglesia, y que
hemos dicho, figura una especie de arca, ó de urna, están
engastadas las armas del Sr. Torres, esculpidas de bajo
relieve en una lápida de mármol verde de mezcla, y bajo
de ellas el siguiente epitafio latino, hecho por el actual
Rector:

D. O. M.

PRO ECCLAE. HUI. METROP. DIGNISSIMI PRAESULIS
CHRISTOPHORI DE TORRES
QUI NOB. JUVENT. ERUDIENDAE COLLEG. HOC. MAJ. SUB. ROSAR.
VIRG. TIT. AC PATROC. A FUNDAM. EREXIT. DOTAVIT
MORTALITAT. EXUVIS USQUE AD OPTATAM DIEM CONDENDIS
DILECTO FUNDATORI, OPTIMOQUE PARENTI
ALUMNI SUI GRATISSIMI HOC PIETATIS, ET AMORIS MONUMENTUM
FRAY CRISTÓBAL DE TORRES

OBIT SEPT. ID. JULII ANNO MDCLIV. AETAT. LXXXI
CORPUS IN CATH. ECCL. PRIMO COND. INDE PRO SUPREMA EJUS
VOLUNT. ADIMPL. HUC TRANSL. TERTIO. NON, NOV. MCCCXIII

FERDINANDO CAYCEDO, ET FLOREZ RECTORE

Concluído así este monumento, que debía abrigar las cenizas de aquel insigne varón, y perpetuar á la posteridad la piedad y reconocimiento de los que le veneran por Padre, se levantó un magnífico túmulo de un cuerpo de arquitectura de orden dórico con su correspondiente remate, y sobre un zócalo de altura proporcionada, pintado todo de blanco y azul, con sus obeliscos, y demás regulares adornos de semejantes obras. En el centro se colocó un dosel de terciopelo carmesí con galones de oro, que cubría la mesa sobre que descansó la urna en que se condujeron los huesos; y delante de ella, las insignias arzobispales, báculo, cruz y mitra. En el remate del túmulo se pusieron también las armas de la ilustre Casa del Sr. Torres.

Preparadas todas las cosas, y tomadas las medidas convenientes para el arreglo y buen orden del concurso, que desde luego se conoció sería muy numeroso, y para el mayor decoro de la pompa fúnebre, se asignó el día 3 de Noviembre para la traslación, de acuerdo del Excmo. Sr. Virrey, que había de presidir á los Tribunales; del Ilmo. Sr. Arzobispo, que había de hacer el entierro, y del Sr. Rector del Colegio. Esta Casa y sus alumnos recibieron esta vez un apreciable testimonio de la bondad y atención con que la miran así el Jefe del Virreinato y el Prelado Metropolitano, como los Tribunales, Cabildos, y Comunidades seculares y religiosas, en quienes halló las más favorables disposiciones para seguir y auxiliar sus miras en la solemnidad y magnificencia con que había proyectado se hiciese, y efectivamente se hizo la función.

El día 3, á las nueve de la mañana, pasó la Comunidad del Colegio á la Capilla del Sagrario, cubiertos los escudos que lleva en la beca con un canto de ella, y demostrando
en su modestia y compostura que esta señal exterior de sentimiento era un indicio del que actualmente poseía su corazón.

A poco rato estuvieron allí todos los Tribunales, y Cuerpos referidos, que ocuparon sus respectivos asientos, hasta que revestido el Prelado, y cantado el primer responso, tomaron en sus hombros la urna cubierta de terciopelo encarnado, y guarnecida de galones de oro, en que estaban las reliquias, el Rector, Vicerrector y dos colegiales, que la entregaron en la primera posa á otros cuatro, y así sucesivamente á los demás, hasta que se colocó en el tumbó.

El resto de la Comunidad rodeaba la urna, con la beca en la forma que hemos dicho, acompañada de la de San Bartolomé, que llevaba en los mismos términos la suya. Este Colegio le dio en aquel acto, como en los oficios de los días siguientes, las más apreciables pruebas de su amor y fraternidad: pruebas que manifiestan bien la inteligencia y buena armonía que une en recíproca amistad estos dos Cuerpos, no menos que la sabia conducta y dirección del actual Rector que lo gobierna (*).

También se turnaron por su orden el Cabildo Eclesiástico, Clero, y Religiones, haciendo de cargueros de honor, según el orden del Pontifical: las Comunidades se colocaron por el de su antigüedad, y tras el Ilmo. Preste los Tribunales, por el del Ceremonial, presididos del Excmo. Sr. Virrey, a quien seguía la Compañía de alabarderos y guardia de caballería. Un doble general de campanas acabó de solemnizar este lúgubre aparato. No parecía ya que se trataba de trasladar las cenizas de un hombre que había muerto hacia cerca de siglo y medio; su memoria y la de sus beneficios es tan reciente en Santafé, como si acabase de morir. El buen orden y el silencio que reinaba en la procesión, daba á entender muy bien el concepto que

(*) El Sr. Dr. D. Manuel Andrade.
se conserva de sus virtudes, y que contra un verdadero mérito nada puede el trascursó de los años.

Tres colegiales sacerdotes llevaban delante de la urna el báculo, mitra, y cruz, que el Sr. Arzobispo actual, para dar una prueba de su amor y veneración al Sr. Torres, quiso prefiriese á la suya.

Dada vuelta á la plaza, y siguiendo por la Calle Real hasta la puerta del Colegio, en cuyo discurso se le hicieron las correspondientes posas, dieron igual vuelta por los claustros, y entraron en la Capilla.

Como desde el principio se previese que no podría caber en ella el golpe de gentes que arrastraría el magnífico aparato del entierro, se pusieron guardias á las puertas, con expresa prevención de no dejar entrar sino los Cuerpos, Comunidades y particulares de la primera distinción. De este modo se logró un concurso de lo más brillante y lucido de la capital, y al mismo tiempo, que reinase en toda la función el buen orden, la compostura y el silencio.

Ocupados en esta forma los respectivos asientos, sin confusión ni tumulto, entonó el coro, que hizo la Religión de San Francisco, una solemnísima vigilia; la cual, concluida, celebró la misa pontificai el Ilmo. Sr. Arzobispo. Después de ella dijo el actual Rector del Colegio la elocuente Oración fúnebre, que acompaña esta relación, y que hará por sí misma su más completo elogio. Finalmente, cantado el último responso, se bajaron del túmulo las reliquias, se trasladaron á una caja de plomo (*), y depositaron en la bóveda de la urna, todo por mano del Rector, á quien rodeaban sus Colegiales, como para despedirse de su buen Padre, y recibir su última bendición.

(*) Sobre la tapa ó cubierta de la caja se puso una inscripción latina grabada á buril que contiene una noticia exacta del nacimiento, patria, empleos, y dignidad del Sr. Torres, con las particulares circunstancias de su entierro, y de la traslación de sus huesos á la Capilla del Colegio.
Se concluyó la función muy cerca de la una del día, sin que en las cuatro horas que había durado se notase en los asistentes el menor fastidio, cansancio ni disgusto. Por el contrario, todos mostraron la mayor satisfacción y complacencia.

En los cinco días siguientes se continuaron los sufragios por el alma del Sr. Torres en la misma Capilla del Colegio, haciendo los Oficios las Religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, Agustinos Descalzos y San Juan de Dios, con la mayor solemnidad. En el primero de ellos pontificó el Ilmo. Sr. D. Fray Manuel Torrijos, Obispo de Mérida, religioso de Santo Domingo é hijo de esta Provincia; y así en este día como en los demás, dieron todas estas Religiones las más visibles pruebas de su desinterés y de su amor al Colegio y Fundador.

ORACIÓN FUNEBRE

DE FRAY CRISTÓBAL DE TORRES PREDICADA POR EL RECTOR
DR. FERNANDO CAYCEDO Y FLÓREZ, EL 3 DE
NOVIEMBRE DE 1793, EN LA CAPILLA
DEL COLEGIO (1)

En morior, in sepulchro meo, quod fodi
mihi in terra Chanaan, sepelies me.

Yo muero, y es mi voluntad, deis sepultura á mi cuerpo en el sepulcro que yo mismo he edificado en la tierra de Canaán.

Sed del capítillo 50 del Gen. v 5.

Jacob, aquel célebre y antiguo Patriarca, deseoso se le diese sepultura en el sepulcro de sus padres, á que tenía

(1) El Dr. Caycedo fue después prócer de nuestra Independencia, deportado á España y condenado á presidio por sus ideas republicanas. Al regresar, fue electo y consagrado Arzobispo de Bogotá. Construyó la Catedral, el monasterio é iglesia de la Enseñanza, la casa de Ejercicios del Dividivi, la capilla del Cementerio, y fundó el Colegio de ordenados. Murió en 1832.
derecho, no sólo por ser heredero legítimo de Abraham, sino también por haber él mismo ampliado y dádole mejor forma, comprando segunda vez el terreno (1) á los habitadores de aquel país, exigió de su hijo José un (2) solemne- simo juramento, en que le prometía daría honrosa sepultura á su cadáver en el sepulcro de sus mayores: sin otro motivo para este encargo, dice San Ambrosio (3), sino porque sabía bien que su posteridad llegaría algún día á poseer aquella tierra, en donde quería servirles, aunque difunto, de un ejemplo continuo de todas las virtudes, y de que tuviesen el consuelo y satisfacción de tener consigo aquellas apreciables reliquias, cuya vista les traerá á la memoria los innumerables beneficios que habían recibido de su buen Padre: les acordaría los salubres consejos, que les dio estando para morir, que habían de servirles de regla para su conducta, y de cuya observancia dependía el que el Dios de Israel les favoreciese, llenándolos de bendiciones, fortaleza y valor para vencer á todos sus enemigos.

2. En efecto; sin embargo de la dilatada distancia desde Gésen hasta Hebrón, tomaron José y sus hermanos sobre sus hombros el cuerpo difunto de su buen padre, conduciéndolo en ellos con mayor acompañamiento y pompa fúnebre, hasta colocarlo en el sepulcro que él mismo había destinado y comprado para descanso de sus cenizas, derramando sobre ellas las más tiernas lágrimas de dolor y sentimiento (4).

3. ¿Y qué otra cosa habéis hecho en este día vosotros, dichosos hijos de este ilustre Colegio, conduciendo como en triunfo, en vuestros hombros la piadosa carga que incluye las venerables cenizas de vuestro Padre y Fundador? Poniendo de este modo hoy á la vista de toda esta capital el espectáculo más tierno, propio de vuestros agradecidos

(1) Gen. 33. 19.
(2) Gen. 47. 31.
(3) In Oratione de óbitu Theod. Imp.
(4) Gen. 5. 13.
corazónes, y con que dais la mejor prueba de que sabéis ser reconocidos á sus beneficios.

4. ¿ Pero quién creyera, señores, que hubiéramos de ser nosotros los que habíamos de tener la dicha y satisfacción de hacer hoy lo mismo con las apreciables reliquias de este nuevo Jacob de la Ley de Gracia que hicieron José y sus hermanos con las del antiguo? ¿ Es posible que nosotros seamos aquellos hijos á quienes destinaba la Providencia para que diezemos cumplimiento á la última voluntad de nuestro buen Padre y Fundador, y que en el espacio de ciento treinta y nueve años no se le haya dado sepultura á su cadáver en el sepulcro que él mismo había edificado, esto es, en la capilla de su Colegio, reservándose para nosotros esta gloria?

5. Yo muerzo (dice este ungido del Señor en la primera cláusula de su testamento), yo muerzo, y es mi voluntad que mi cuerpo difunto sea enterrado en la capilla del Colegio que tengo fundado en esta ciudad. En morior: in sepulchro meo, quod fodi mihi, sepelies me. ¿ Es creíble también que el cielo haya permitido que yo (aunque el más mínimo) hubiera de ser electo cabeza de este noble cuerpo de los hijos de María del Rosario, proporcionándome de antemano el Señor para que fuese al principio de mi Rectorado el ejecutor de su última voluntad, y para que tributase estos funebres honores á la memoria de aquel incomparable Prelado, el Ilmo. y Rvdmo. Sr. Maestro D. Fray Cristóbal de Torres, insigne Fundador y patrono de él?

6. Oh, adorables designios de la Divina Providencia, y cómo es demasiado cierto que vuestros caminos son impenetrables, y que vuestras veredas son del todo incomprehensibles! (1) ¿ Acaso no ha habido en este Colegio en todos tiempos hijos ilustres, en quienes el agradecimiento á su Fundador y amor á su Colegio ha sido siempre el carácter y distintivo más glorioso? ¿ Ignoraban por ventura que su buen padre quiso expresamente se le diese sepultura en el

(1) Ad Rom. 11.
Capilla del Colegio

(Vista interior)
sepulcro, que él mismo había edificado á su costa, manifestando su deseo con la ley más sagrada e inviolable, cual es la de su testamento y última voluntad? ¿Faltábales resolución para presentarse al Superior como José se presentó á Faraón á fin de obtener su permiso y licencia para sepultar á su Padre? Si inveni gratiam in conspectu vestro, ascendam, et sepeliam patrem meum (1).

7. No hay duda, señores, que ni la resolución, ni el amor, ni el agradecimiento de los pasados ha sido menos que el de los presentes; pero Dios ha querido, por una especialísima voluntad, que éstos y no aquéllos fuesen los que pusiesen por obra las últimas intenciones de su amado padre. Su providencia ha permitido que el testamento original, en donde constan, se conservase por tantos años oculto á los ojos de muchos amantes hijos de este Colegio, escapándose á sus más activas y eficaces diligencias, empleadas sin fruto en su solicitud, para que fuese yo el hijo afortunado, que últimamente ha tenido la satisfacción de hacer este precioso hallazgo, y para que se entendiese conmigo este encargo y obligación. Por tanto, señores, yo no hago hoy otra cosa que cumplir en esto la voluntad de mi adorado Padre. El exigió desde entonces de mí como Jacob de José, este juramento y promesa, pudiendo yo decir abiertamente como él: Eo quod pater meus adjuraverit me, dicens: En morior, in sepulchro meo, quod fodi mihi sepelies me. Ascendamigitur, et sepeliam patrem meum.

8. ¿Qué gloria, pues, será comparable á la que logramos hoy los hijos de este ilustre Colegio colocando en nuestra capilla las reliquias de un hombre tan santo, en quien las pasiones no pudieron jamás prevalecer contra el espíritu, aun desde sus más tiernos años? ¿De un religioso, cuya memoria se conservará para siempre en los anales del Convento de San Pablo de Burgos, como insigne ejemplar de sabiduría y religiosa virtud? ¿De un predicador real tan sabio e ilustrado, á quien (á pesar de la emulación:

(1) Gen. 50. 4.
que frecuentemente se experimenta en las personas de una misma profesión) confesaban los otros predicadores de la Corte de España las ventajas que éste les hacía en fama, autoridad y sabiduría, no dudando por esto llamarle abiertamente el Crisóstomo de su siglo? ¿De un Prelado, á quien destinaba la Providencia para que, sentado en el trono arzobispal de esta iglesia, fuese el iris de paz que serenase las tormentas de sediciones, escándalos y pleitos con que se consumía en aquel tiempo este Reino y su capital, haciendo reinar desde su llegada la tranquilidad, paz y unión entre las familias, y la reconciliación de los enemigos? ¿De un pastor que, lleno de celo por la honra y gloria de Dios, trabajaba de día y de noche en el arreglo de las costumbres de sus ovejas, restableciendo en cuanto le era posible la práctica de todas las virtudes cristianas, y dando él mismo de palabra y por escrito instrucciones sabias á los misioneros para que trabajasen con fruto en la viña del Señor, estableciesen entre las naciones bárbaras su Santo Nombre, y llevasen á todas partes la luz del Evangelio? ¿De un ángel de paz que les traiga á estas pobres gentes el Pan Celestial de entendimiento y vida (1), declarándoles hombres capaces de sentarse en compañía de los hijos de Dios á la Sagrada Mesa, y participar con ellos los Santos Misterios? ¿De un Padre, en fin, tan misericordioso, que halló modo de extender los efectos de su caridad, no sólo gastando cuantiosas sumas en el sustento de los pobres de su Diócesis, sino también beneficiando para siempre la noble juventud de todo el Reino en el establecimiento y fundación de este Colegio, en que han hallado y hallarán el más seguro asilo tantos huérfanos nobles y pobres, que por su indigencia se habrían tal vez quedado sus talentos oscurecidos y sepultados en el olvido, si no les hubiera alargado este buen Padre con anticipación su piadosa mano, trayéndolos á su Colegio, esto es, á la Casa de

(1) Eccles. 15. 3.
MARÍA SANTÍSIMA (1), en donde como en propia habitación de la verdadera sabiduría, fuesen educados en las ciencias divinas y humanas, y se hiciesen de este modo útiles á la Iglesia y al Estado?

9. ¿Qué motivos, pues, más justos para que se renueven hoy en vosotros, afortunados hijos de MARÍA DEL ROSARIO, los más tiernos sentimientos de reconocimiento y gratitud hacia vuestro Fundador y Padre, en el día en que llegaís á poseer y dar sepultura en vuestra capilla á sus cenizas, teniéndolas á la vista para acordaros continuamente de aquella alma incomparable que algún día las informaba?

10. ¿Y qué asunto más fecundo se me puede presentar hoy para formar delante de tan sabio auditorio la alabanza y elogio de un héroe, en quien todas las acciones de su vida son otras tantas pruebas de la más excelente virtud, pudiéndose hacer de cada una de ellas un completo panegírico? Ello es cierto que la misma abundancia del asunto me llena de confusión sin acertar á escoger alguna en particular, pareciéndome hago agravio á su memoria en no alabarlas todas. Tomaré, pues, señores, si os parece, del jardín ameno de su historia las flores que parezcan más bellas para regarlas sobre su sepulcro, y para hacernos ver en nuestro insigne Fundador, lo primero, un sabio y ejemplar religioso; y lo segundo, un perfecto y caritativo Prelado.

PRIMERA PARTE

11. Si yo hubiese de hablaros, señores, de este Pontífice del Señor, como regularmente hablan los oradores de sus héroes, comenzaría su elogio por lo distinguido de su sangre, y la nobleza de sus ascendientes, manifestando qué la esclarecida casa de Torres, originaria de la ciudad de Burgos, se ha elevado al mayor grado de estimación, tan-

(1) Cant. 8. v. 2.
tó por su antigüedad y distinguidos servicios, como por los muchos empleos honoríficos que han obtenido en España y Flandes sus ilustres progenitores (1). Pero no permita el Señor que profanando yo mi ministerio, traiga á esta cátedra de la verdad unas alabanzas (aunque verdaderas) que acaso sólo servirían para llenaros de ideas vanas sin edificación y sin fruto: en sola la sencilla narración de los diversos estados y escenas de su vida hallaré bastante materia para su elogio: las que siendo, como son, del todo ciertas, me llenan asimismo de la mayor satisfacción; pues no necesario para alabarle de valerme, como lo hacen los oradores profanos, de los colores y pinturas retóricas, con que ocultan tal vez defectos verdaderos, y ensalzan imaginarias virtudes. No, señores, en nuestro Ilustrísimo Fundador no hay, gracias á Dios, para qué fínger elogios que no merezca: antes bien, desde su nacimiento hasta su muerte, todas sus acciones heroicas, no de aquella falsa heroicidad que alaba el mundo, sino de la verdadera gran leza, á que llegó con los servicios hechos á la Iglesia y al Estado.

12. Apenas rayaron en él las primeras luces de la razón (2), cuando sus virtuosos padres (3), deseando se formase el espíritu de su hijo en las máximas cristianas y políticas, se aplicaron á darle la educación correspondiente á su nacimiento; pero con cuánto consuelo suyo experimentaban cada día los rápidos progresos que hacía en las ciencias divinas y humanas aquel joven, que había de ser después el honor de su patria, la admiración de España y el esplendor de la Iglesia metropolitana de Santafé.

13. El no se dejaba lisonjear de las licenciosas libertades, que regularmente acompañan á la juventud; antes bien, la oración, el recogimiento y el estudio fueron los

---

(1) Consta de la información de nobleza y costumbres, hecha por orden del Sr. Patriarca de las Indias, D. Diego de Guzmán, que se guarda original en el archivo del Colegio.

(2) Nació en Burgos el 4 de Enero de 1574.

(3) D. Juan de Torres y D.ª Agueda de Motones.
primeros ensayos de su infancia. Aquí fue donde conociendo claramente que las riquezas, honores y felicidades mundanas sólo son vanidad y aflicción de espíritu (1), resolvió renunciar para siempre a la esperanza de la brillante fortuna que por su nacimiento y raros talentos habría sin duda conseguido, si se hubiera quedado en el siglo.

14. Véa que el mejor y más seguro partido era seguir el consejo de Jesucristo, despreciando todos los bienes temporales, que delante del Señor sólo son, según la expresión de la Escritura (2), una sombra que pasa, sin que quede después al hombre otra cosa que el triste desengaño y pesar de haberse dejado llevar de sus falsos halagos. Estas reflexiones, pues, le hicieron abrazar desde los diez y seis años de su edad el instituto del gran Patriarca Santo Domingo, asegurando su nuevo estado con los votos solemnes de la profesión en el insigne Convento Real de San Pablo de Burgos, el día 28 de Marzo de 1590.

15. Los ejercicios de virtud con que este fervoroso joven se disponía para hacerse digno del sagrado ministerio sacerdotal; la gran fama que se adquirió en los empleos de Lector de Artes en San Pablo de Burgos, Maestro de Estudiantes en San Pedro Mártir de Toro, Catedrático de Prima de Teología en Burgos y en Toledo, llegaron a merecerle el glorioso rénombre de profundo teólogo, director esclarecido, sabio y prudente superior, condecorándole su provincia con el grado de Presentado en el año de 1611 y con el de Maestro en el de 1625. Pero en lo que más lució su talento y capacidad, fue en el ejercicio de la predicación, a que se aplicó con los mayores esmeros. ¡Cuántas victorias no consiguió este ilustre conquistador de las almas con su elocuencia y dulzura! Poderoso en obras y palabras, detenía, por decirlo así, el brazo airado de la justicia divina (3), consiguiendo con su fervorosa predica-

(1) Eccl. 1 14.
(2) Job. 8. 9.
(3) Eccl. 48. 10.
ción conversiones muy particulares, y el arreglo de las más extragadas vidas. Buen testigo es todo esto el religiosísimo Convento de San Pablo de Burgos, quien en la historia de sus ilustres hijos (1), hablando de éste, hace de él los mayores y más debidos elogios como de un religioso que se mereció el renombre de ingenioso, insigne y persuasivo Predicador, cuya fama no sólo se extendió por España, sino que llegó también hasta las naciones extranjeras, como se ve en los más eruditos historiadores de ellas (2).

16. Pero, señores, ¿de qué le hubiera servido á este hombre admirable tanta facilidad en el decir, tanta gracia para persuadir y tanta sabiduría para componer, si á estas bellas prendas no hubiese añadido la práctica de las demás virtudes, que constituyen á un Religioso perfecto imitador de Jesucristo?

17. Ah! si para ser grande en el reino de los cielos no basta sólo el enseñar, sino que también es necesario practicar lo que se enseña (3), ¡con cuánto cuidado no cultivaba aquellas plantas de virtudes, que en la tierra fértil de su corazón (4) sembraron sus virtuosos padres desde su tierna edad, los que con la profesión religiosa habían llegado ya á crecer echando profundas raíces! ¡Qué anhelo para conservar pura e inmaculada su castidad! aquella virtud celestial que convierte los hombres en ángeles y que los hace más semejantes á Dios. Su humildad y obediencia llegaban hasta obedecer con gusto cualesquiera preceptos, no sólo de sus legítimos superiores, sino también aun los del más ínfimo religioso. ¿Y cómo podía dejar de ser pobre hasta el extremo quien por amor á esta virtud había renunciado, como os he dicho, á la esperanza de los mejo-

(1) Fray Gonzalo de Arriaga, Historia del Convento de Burgos, folio 143.
(2) Moreri V. Torres—Tours, Historia general de América.
(3) Mat. 5. 10.
(4) Marc. 4. 8.
res establecimientos para abrazarse sólo con Jesucristo crucificado? (1)

18. Mas nó eran solas estas virtudes las que adornaban aquella alma incomparable; poseía también todas aquellas que le podían hacer digno de llamarse predicador evangélico y perfecto discípulo de Jesucristo: oración continua, mortificación de los sentidos, afabilidad de ánimo, fortaleza en los peligros, paciencia en los trabajos, prudencia en los consejos y la caridad en sumo grado.

19. No podían por tanto todas estas virtudes estar mucho tiempo ocultas, ni podía la Provincia de Castilla dejar de poner sobre el candelero de la Prelacia, para que iluminara toda la casa (2) á un varón á quien destinaba la Providencia para cosas grandes. En efecto, fue electo dos veces Prior de su Convento en los años de 612 y 618; pero aún eran mayores las virtudes de este grande Religioso, para que pudieran estrecharse á sólo el recinto de los claustros: era preciso que brillasen también fuera de ellos.

20. Había ya llegado su fama á los oídos de aquel célebre Obispo de Córdoba, el Sr. D. Diego de Mardones. Este caritativo Prelado, deseoso de tener un sujeto de toda su confianza para hacerlo, conforme al consejo de San Pablo (3) dispensador fiel de las gruesas rentas de su Obispado, conociendo las grandes prendas del Reydo. Torres lo constituyó su Limosnero mayor. Ah! ¿y qué escuela de caridad mejor se le podía dar á quien preparaba el Señor para que fuese algún día verdadero padre de pobres? A vos apeo, insigne y esclarecida ciudad de Córdoba, que fuisteis testigo y disfrutasteis de sus liberalidades. ¿Cuál de vuestros monasterios, hospitales, casas de caridad, ciudades, huérfanos y necesitados dejó de salir jamás consolado y socorrído, cuando ocurría á este despensero fiel, á quien

(1) Luc. 14. 33.
(2) Mat. 5. 15.
(3) 1. A. d. Cor. 4. 2.
aquel santísimo Prelado había constituido para que presidiendo á su familia, que no era otra que los pobres de su Diócesis, les administrase el pan con sus socorros? (1).

21. Aquí siento exaltarse notablemente mi imaginación, y llenándose de un piadoso entusiasmo, me parece que le veo por las plazas, por las calles, por los rincones de aquella gran ciudad, preguntando, inquiriendo, averiguando las necesidades, y adelantándose su caritativa mano á socorrerlas mucho antes que ellas tuvieran lugar para manifestárselle. Señores, yo me detengo mucho, y me parece que abuso de la paciencia y bondad con que me escucháis; pero perdonadme, os ruego, pues el amor y agradecimiento á este Padre y benefactor mío, á quien debo la educación, me hacen detenerme más de lo que debiera en ponderar cualquiera de sus acciones, sin acordarme que me roman muchas y muy heroicas, de que tengo precisión de hablarlos: paso, pues, adelante.

22. Bien sabéis á qué grado de elevación había llegado en la Corte de España aquel tan célebre cuanto desgraciado Ministro, el Sr. Cardenal Duque de Lerma, D. Francisco Gómez de Sandoval, que hecho dueño de la confianza del Rey, mandaba la monarquía con absoluto poder. Este Ministro, pues, deseoso de un confesor sabio, á quien encargar la dirección de su conciencia, que era lo mismo que hacerle árbitro del gobierno de todo el Reino, no halló en todo él otro que más llenase sus deseos que el sapientísimo Torres, á quien hizo venir á la Corte sacándole de su retiro; con cuyo motivo se conoció muy en breve en toda ella el acierto que tuvo el Ministro en la elección de este Padre espiritual, que á más de serlo en todo el tiempo de su prosperidad, le fue también fiel amigo en el de la desgracia; pues con increíble integridad de ánimo acompañó á este su protector desgraciado, cuando salió para Valladolid á cumplir su destierro; portándose en esto muy de otro modo del que acostumbran los áulicos de la tierra.

(1) Luc. 12. 47.
Aula máxima del Colegio del Rosario
quienes hacen mil obsequios al que puede favorecerlos, mientras le ven en la elevación; pero cuando ha caído de ella le dejan solo: haciendo ver con esta acción a todo el mundo que si había tomado a su cargo la dirección de aquel poderoso Ministro, no fue desde luego por aprovecharse de su valimiento, sino para dirigirlo con sus consejos a la eterna felicidad.

23. Fue tanta la estimación que se adquirió en la Corte nuestro insigne religioso, que los Reyes D. Felipe III y su Augusta consorte Dª Margarita de Austria, le prohibieron expresamente salir de ella para hacerlo Predicador (1) de su Capilla Real. Colocado, pues, en este puesto, es increíble con cuánto fervor se aplicó al ministerio de la predicación en aquel Real Palacio. Allí hacía ver desde el púlpito á los Reyes y Grandes del Reino que la verdadera grandeza consiste sólo en el cumplimiento de la ley santo del Señor, persuadiéndoles, como infalible medio para conseguirlo, la devoción del santísimo Rosario, que á imitación de su Santo Patriarca procuraba establecer y propagar de todos modos: consiguiendo en esto tan copioso fruto, que llegó á ser voz común y fama general en todo el Reino (y aun hasta ahora se ve en algunas inscripciones públicas) que al incomparable Torres debe España la propagación del afecto á la devoción del Rosario, sin que la estimación y aplauso público le hiciera aflojar jamás ni un punto de aquella entereza y gravedad propia de un discípulo de Jesucristo, con que hablaba siempre la verdad, á pesar del desagrado que podía temer causase á algunos el ofrila de su boca.

24. Así sucedió con el Infante D. Carlos, hermano de Felipe IV, quien estando gravemente enfermo se llenaba de esperanzas de poder conseguir la salud corporal, y dejándose llevar de los falsos consuelos que le daba la vil adulación de los que estaban al rededor de él, pensaba muy poco ó nada en la salud espiritual de su alma. Mas siendo-

(1) Real Título fecho en Madrid á 10 de Enero de 1617.
llamado este siervo de Dios, le dijo con entereza y energía: V. A. esté cierto que todos los votos y promesas que hace por conseguir la salud del cuerpo debe hacerlos más bien para conseguir la del alma, porque su enfermedad no tiene remedio. En efecto, hizo tanta impresión en aquel Príncipe la resolución con que le habló su predicador, que al instante trató de hacer con él una dolorosa confesión de toda su vida, muriendo poco después en sus manos.

25. No podían por tanto dejar de estimarle los Reyes, y hacerlo depositario de sus mayores confianzas, llegando á tal grado el afecto de aquella religiosísima Reina, que le hacía venir á su Real Gabinete, y dándole asiento junto á sí pasaba muchos ratos con él, tratando en conversación familiar los mismos asuntos espirituales que le había oído predicar en público. Para cuya prueba no debe pasarse en silencio lo que le aconteció muchas veces, y fue que yendo el Rey á visitar á la Reina á su Gabinete, encontraba siempre en semejantes conversaciones á su Augusta Esposa con este sabio religioso, quien poniéndose en pie (como era debido) á la vista del Rey, oyó de su boca estas memorables palabras: sentaos, Maestro, y proseguid, que yo también he gustado siempre de oíros.

26. Y no penséis, señores, que ni el aprecio de los Reyes ni la amistad de los grandes, ni la estimación general de los pueblos sirvieron jamás á este piadoso Padre de otra cosa que de poner en ejecución los efectos de su caridad. No había deudos á quienes el rigor de sus acrudios tuviese en estrecha prisión, que no hallasen en él un amigo fiel, un agente activo y eficaz, que no perdonaba diligencia para aliviarlos, defenderlos y redimirlos; no había necesitados que no socorriese, ni perseguidos que no consolase, siendo su inclinación hacer bien, y complacer á todos, como que estaba destinado por la Providencia para ser padre universal de muchos pueblos, y para que fuese algún día ejemplar que quedase á la posteridad, como modelo de un caritativo y perfecto Prelado.
Segunda parte

27. ¡Oh, qué campo se nos ofrece aquí, señores, para detenernos, y qué bellas ideas para introducirme á hablar de este gran Sacerdote del Señor, discurriendo por las obligaciones del Obispado! Si atendemos al concepto que de esta eminente dignidad hace el mundo, os le pintaría como un puesto de honor que conservando las excelencias y honores del sacerdocio, deja todo el trabajo á los demás, decidiendo con absoluta autoridad del afán y sudores de aquéllos, que en el cultivo de la viña de Jesucristo han llevado el peso del día y del calor (1); que contentos con la pompa y riquezas que les rodean no hacen otra cosa que descargar en ajenos hombros el peso de las obligaciones de su ministerio; pero si consideramos el Obispado según la pintura que de él nos hacen las sagradas letras (2), ¿qué diferente espectáculo se presentará á vuestra vista! Le veremos como un formidable peso, que hacía temblar aun á los más dignos de ocuparle; y como una servidumbre intolerable, en que por el mismo hecho de constituirse superiores á los demás son responsables delante de Dios de la conducta y costumbres de los otros; le miraríamos como un puesto en que los que le ocupan se hacen como Moisés depositarios de las miséricordias de Dios, siendo también de su cargo la miseria y flaquezas de los pueblos.

De este último modo consideró siempre el cargo de la mitra nuestro Ilmo. Prelado; esto le hizo temblar y llenarse de confusión, cuando supo que el Señor DON FELIPE IV lo había presentado al Papa por Arzobispo de este Nuevo Reino; entonces fue cuando, puesto en la presencia de Dios, deshacía su corazón en lágrimas, pidiendo á Su Majestad le hiciese digno de un ministerio que jamás había apetecido, y para cuyo peso le parecía tener muy débiles

(1) Mat. 20. 19.
(2) 1. Ad Timoth 3.
las fuerzas; pero como aquel prudentísimo Rey quería siempre para estas dignidades aquellos sujetos que más las repugnaban, sin hacer caso de sus excusas, hizo que saliese inmediatamente de la Corte y que se embarcase para América, aun sin haberle llegado las Bulas Apostólicas: tan necesaria era, en concepto del Rey, la presencia de este venerable Arzobispo en un Reino que hervía en alborotos, sediciones y escándalos.

29. En efecto, habiendo llegado á las Indias fue consagrado en Cartagena por su Obispo, el Sr. D. Fray Luis Ronquillo, religioso de la Santísima Trinidad, y uno de sus sufragáneos, con lo que tenemos ya á nuestro sabio religioso lleno de aquella fortaleza, sabiduría y demás divinos dones, que el Señor promete á los que reciben dignamente la sagrada unción episcopal. Ya ha tomado en sus manos el báculo pastoral, y puesto sobre sus hombros el palio en señal de la jurisdicción espiritual; los nuevos cuidados de su iglesia no le dejan pensar en otra cosa que en informarse acerca del estado de su diócesis, del adelantamiento y progresos del Evangelio, del número y carácter de los que estaban encargados de anunciarle, y en fin, de todo aquello que podía darle luces y conocimientos para el mejor acierto en su gobierno, tomando por último posesión de su iglesia metropolitana de Santafé el día 1° de Octubre de 1630.

30. Notorio es, señores, en las historias de este Reino (1) el estado tan lastimoso y miserable en que se hallaba en aquel tiempo esta ciudad, ocasionado de las desavenencias del Presidente y su santo Arzobispo, el Sr. D. Bernardino de Almansa. Constantes son también las contradicciones, injurias y vejaciones que padeció este santísimo Prelado por defender los derechos de su iglesia y la causa de Jesucristo: que perseguido por esto se vio obligado á andar fugitivo (como otro Atanasio) fuera de ella, padeciendo innumerables trabajos hasta ofrecer su vida como

(1) Vida del Sr. Almansa, por D. Bruno Valenzuela.
victima de propiciacion por librar a sus ovejas del rigoro-
so azote de la peste con que la Divina justicia vengaba los
desacatos hechos a su Pastor. En este estado, pues, encon-
tró nuestro nuevo Arzobispo a su capital y diócesis. Los
estandaros, los odios, las enemistades, el vicio entronizado
y la virtud abatida; en fin, el entero abandono de las leyes
divinas y humanas fue la triste escena que se le presentó a
sus ojos en su primera entrada; pero él, como celoso opera-
río, emprendió con increíble valor la total reforma de se-
mejantes abusos, poniendo al instante manos a la obra
para restablecer el buen orden, la subordinación y la jus-
ticia.

31. Persuadido este sabio Prelado que el mejor modo
de reformar a los súbditos es procurar el superior hacerse
dueño de su estimación y confianza, más por el amor y
dulzura que por el rigor y aspereza, jamás quiso hacer uso
del poder y altas facultades con que el Rey le había autor-
izado; nunca se le oyó otro lenguaje que el de su afabili-
dad, y de aquella elocuencia amorosa, irresistible aun a los
más obstinados y rebeldes. ¡Oh, qué nuevo semblante ha-
bían tomado ya las cosas. Ya no se veían escándalos, odios
ni rencores; ya la virtud estaba ensalzada y abatido por
tierra el vicio, las leyes respetadas, la paz establecida, las
familias unidas, las costumbres reformadas, los ejercicios
de religión y de piedad bien entablados, y en fin, todo el
Reino en una paz y tranquilidad suma.

32. ¿Qué consuelo más puro! ¿Qué satisfacción más
completa podía tener, señores, este operario evangélico?
Cuando consideraba delante de Dios estas victorias conse-
guidas, estos triunfos ganados contra las pasiones, contra
el mundo y contra el demonio, se humillaba en su divina
presencia, y rindiéndole las más sumisas acciones de gra-
cias, volvía á su Majestad como á origen y fuente de cuan-
to hay bueno, todo el honor y gloria, quedándose sólo con
el consuelo de haber servido de instrumento para ella.
Era ésta para él la más apreciable recompensa y el denario
diurno con que le premiaba aquel liberal padre de fami-
lías el trabajo y sudor empleados en el cultivo de su
viña (1).

33. Pero aun todavía no disfrutaba este placer sin zo-
 zobras; le faltaba mucho para su complemento: en medio
del gozo y contento espiritual oía los balidos de otras ove-
jas de su rebaño, percibía desde lejos el llanto y rugeos de
los pequeñuelos que clamaban por el pan y no había quién
se lo diera (2); de aquellos pobrecitos á quienes el común
concepto degradaba del sér de hombres, calificándolos poco
menos que de bestias, siendo en la realidad hijos de Dios,
y redimidos con la preciosa sangre del Cordero. ¿Cómo
podía pasar este caritativo Prelado insensible por estos
lamentos? ¿Ni cómo podían dejar de moversele las entra-
ñas al escuchar quejas tan lastimosas? Viendo excluidas
de la mesa sacrosanta unas almas, que componían una
buena parte de su rebaño, y que á solos los pobres indios
se les había de negar el uso de este pan celestial, de quien
se dice en la Escritura que se ofrece á todos para que lo
tomen sin dinero, sin precio, sin trabajo, y sin ningún gé-
nero de paga: venite, comedite, utile absque argento et
absque utra commutacione (3).

34. Señores, yo he empezado á hablar casi sin advertir-
lo de un asunto tan grave y de tales circunstancias, que
apenas bastaran muchas horas para deciros la más pe-
queña parte de él: yo no tengo como quisierra la gracia de
poder formar en pocas palabras un discurso que compren-
diera todas las circunstancias de esta grande acción, y en
que os hiciera ver los muchos cuidados, afanes y desvelos
que costó á nuestro celoso Prelado aclarar este gravísimo
asunto, y dar sentencia decisiva sobre una cuestión tan cé-
lebre que tanto había dado que hacer á los Prelados y
hombres sabios de América.

(1) Mat. 20. 2.
(2) Tren. 4. 4.
(3) Isai. 55. 1.
35. Tampoco me es posible representarosle con toda la viveza y gracia debidas, cuando hacía él mismo el oficio de catequista, instruyendo á aquellas pobres gentes en los principios de nuestra Religión, y enseñándoles el discernimiento, que según el precepto del Apóstol debían hacer del pan celestial al pan profano (1); las juntas de los más hábiles hombres de su Diócesis que para esto formó; los pareceres y dictámenes de los Obispos sus sufragáneos, que pidió; los sabios y eruditos papeles que por sí mismo escribió (2); ni las muchas oraciones con que pedía al Padre de las luces el acierto en la resolución. Nada de esto puedo decir; pero sí puedo asegurar abiertamente que á este santísimo Prelado deben los indios ser participantes de este Sacramento de amor.

(1) 1. Ad Corin. 11. 30.
(2) No sólo escribió este sabio Prelado los papeles citados sobre la Comunión de los indios, sino también otras obras, que dan público testimonio de su sabiduría y celo pastoral, y son las siguientes: 1.° Una obra en dos tomos en folio intitulada *Lengua Eucarística del hombre bueno*; 2.° Otra en seis tomos en folio sobre el *Ave María*; 3.° Otra en un tomo en folio de la *Milagrosa imagen de Santo Domingo en Soriano*; 4.° Una obra en un tomo en 4.º titulada *Cuna Mística*, cuyo asunto son las excelencias del Rosario explicadas en varios discursos; 5.° Dejó asimismo dispuestas para la impresión las ceuasmas y sermones panegíricos que predicó en esta ciudad y diócesis en los diecinueve años que la gobernó.

De las referidas obras sólo nos han quedado el primer tomo de la *Lengua Eucarística*, que á expensas del Sr. D. Cristóbal de Areque, primer Rector de nuestro Colegio, se imprimió en Madrid por Pablo de Val el año de 1665, y el manuscrito original de la *Cuna Mística*, que se guarda igualmente en la librería de dicho Colegio por donación que hizo á él el Convento de Agustinos Descalzos de esta ciudad. Las demás obras y sermones se ignora donde paran; sólo se sabe (por declararlo así su ilustrísimo autor en las últimas cláusulas de su testamento) que la de *Santo Domingo en Soriano* la remitió para que se imprimiera á la ciudad de los Reyes de Lima á D. N. Artega, sobrino suyo, y que los seis tomos sobre el *Ave María* les mandó á Madrid para el mismo fin con el Padre Presentado Fray Bartolomé García, de la Orden de Predicadores, Procurador General de esta Provincia.
36. El fue el ángel de paz (si puedo hablar de este modo) que se lo trajo del cielo, y que de poco menos que de brutos, en cuyo concéptico eran tenidos, los hizo hijos de Abraham y acreedores, como los demás, a las promesas hechas a los que dignamente le comen (1); sobre cuyo asunto no puedo menos que referir una circunstancia que (según se sabe por tradición constante) hizo a nuestro Prelado más apreciable y cumplido el grandísimo consuelo que tuvo, cuando por sí mismo administró la primera vez la sagrada comunión a los indios. Agradecidos éstos al bien inestimable que habían recibido de sus manos, tejieron una primorosa mitra de paja y talcos (que aun todavía conserva este Colegio, y cuenta en el número de sus más apreciables alhajas), y presentándosela, como demostración de su agradecimiento, la usaba este buen Padre en las mayores festividades como mitra preciosa, que le renovaba el gozo de ver que los indios, mediante la comunión a que los había admitido, eran para él el complemento de su corona y de su gloria (2).

37. Ilustrísimo y Venerable Cabildo de esta Metropolitana, sedme testigo para con los demás señores que me oyen de los esfuerzos que hizo este Pontífice del Señor para establecer el que se celebrara en vuestra iglesia la fiesta y procesión del Corpus con la mayor pompa y solemnidad, al modo que se hacía en todas las catedrales de España. En las actas de vuestro archivo habréis sin duda visto que a él le debe todo el arzobispado un establecimiento tan devoto y de tanta edificación: que con sus amables insinuaciones persuadió a los señores Ministros de la Real Audiencia que en cuerpo de tribunal asistiesen junto con los demás cuerpos y comunidades a esta solemnidad, como hasta ahora lo hacen con el ejemplo, componen y edificación que es notorió. Habréis leído también que el espectáculo de esta augusta ceremonia produjo el efecto

(1) Ad. Galatas. 3. 18.
(2) Prov. 17. 3.
Fachada de la Capilla
que el piadoso Prelado descaba. Los nuevos cristianos concebían la más alta idea de la santidad del sacramento de nuestros altares, haciendo los mayores esfuerzos para recibirle dignamente: los mismos idólatras, asombrados del temor y respeto que le causaba la solemnidad y pompa con que se celebraba el mayor de nuestros misterios, se hacían instruir y abrazaban nuestra fe y religión.

38. Hasta ahora, señores, sólo habéis visto á este sacerdote grande lleno de celo por la honra de Dios y bien de las almas, sin que os haya yo dicho nada de su caridad; de aquella virtud excelente, que no busca su propia estimación (1); de aquella virtud que hace conocer á los Prelados eclesiásticos que los bienes que poseen son, según se explica San Bernardo, patrimonio y herencia de los pobres (2), y que los Obispos no son otra cosa que depositarios y dispensadores de ellos. Persuadido, pues, de estas máximas, es increíble cuánta era su liberalidad para con los pobres. Os refiriéra yo aquí de buena gana toda la historia de sus limosnas; pero no puedo en tan corto tiempo hacerlo, como merece su memoria: sólo os diré que en el espacio de diez y nueve años que gobernó esta Diócesis multiplicó como por milagro su caudal, para llenar, si le fuera posible, las medidas de su inmensa caridad.

39. Buen testigo es de todo esto el libro de cuentas, que llevaba aquel virtuoso sacerdote D. Agustín de Rivera, su limosnero mayor, en donde consta que sacados los gastos precisos de su palacio y familia, pasaba de doscientos y setenta mil pesos el dinero gastado en limosnas, fuera de las rentas del médico y cirujano, que mantenía á su costa para alivio de los pobres enfermos: teniendo no solamente la gloria de haber sido padre de pobres, sino también la de ser ciudadano benemérito, amante de la Patria y del Estado.

(1) Ad Corint. 5. 13.
(2) Epis. ad Fulconem super illud Evangelii: Ecce nos reliquimua omnia.
40. Hallábase entonces exhausto el Real Frario con motivo de las guerras, viéndose necesitado el Soberano á exigir de los vasallos una contribución gratuita para subvenir á las necesidades del Estado; ¿y pensáis que este fiel vasallo se desentendería de socorrer á su Rey? Nada menos: porque después de remitir á España un copiosísimo donativo, y de enviar, como el gran Cisneros, dos sobrinos suyos á su costa al socorro de Guayana, saqueada por los ingleses, aún le restaban ciento setenta mil pesos para emplearlos en la grande obra que meditaba. ¿Cuántos cuidados y gastos no le costó el establecer en esta ciudad la Casa de Expósitos? De aquellos infantes desgraciados que, abandonados á la suerte, no reconocen más padre que á éste que con sus influjos y afanes consiguió se les edificara casa para su recogimiento y asilo.

41. Sí, señores; pero ¿quién creyera que este hombre que gastaba por centenares de miles su dinero en socorro de los pobres, y en beneficio público y del Estado, llegó el caso de no tener un real para el gasto de su casa! Parece, señores, que exagero; pero no es así: yo mismo he visto y tenido en mis manos con admiración un Vale original, firmado de su mano á favor de un caballero (2) á quien pidió prestada la corta cantidad de cincuenta pesos á pagarlos dentro de dos meses; porque no tenía de qué echar mano para el gasto de su casa y familia: cuyo monumento, verdaderamente apreciable, se guarda en el archivo de este Colegio para prueba irrefragable, tanto de su liberalidad como de su pobreza evangélica, que supo observar aun en medio de las abundantes riquezas de la mitra.

42. Quisiera yo tener, señores, hoy el mismo poder que Ezequiel, cuando infundió espíritu é hizo vivir aquella

(1) Consta de los elogios, que paran en el Tribunal de Cuentas de esta capital, hechos por los Oficiales Reales al Sr. Torres en los cuadernos de fundación de Casa de Expósitos desde el año de 1641 hasta el de 165.

(2) D. Alonso Mejía.
Fachada del claustro nuevo
multitud innumerável de huesos áridos que vio en el campo adonde lo condujo el espíritu de Dios (1), haría desde luego salir de sus sepulcros y comparecer delante de vosotros todos aquellos que vivieron entonces, no sólo en esta ciudad sino también en toda la Diócesis, preguntándoles abiertamente: ¿cuál de vosotros dejó de recibir algún bien de este misericordioso Padre? ¿Qué viuda, qué pupilo, qué huérfano, qué desgraciado no hallaba siempre en él el socorro, el asilo y el consuelo de todas sus necesidades? ¿Pero para qué necesito yo de resucitar muertos ni de pedir milagros para haceros creer lo mismo que estás viendo? Esta casa de enseñanza, este asilo de sabiduría, este Colegio Mayor, digo, ¿no es el más fiel y abonado testigo de lo que os he dicho?

43. Señores míos, perdonad: yo he andado errado, yo no he hecho lo que debía; éste había de haber sido el asunto principal de mi oración. La memoria del Ilmo. Prelado a quien álabo, no ha quedado, á mi parecer, suficientemente elogiada. La fundación que le hace más honor, su casa favorita fabricada por sus mismas manos, el efecto más brillante y más expresivo de su piedad lo he dejado para lo último, debiendo haber sido lo primero.

44. No estaban aún satisfechos los deseos de este caritativo Padre: veá, es verdad, á la viuda amparada, socorrido al huérfano, contento al afligido, y en fin, remedias, en cuanto le era posible, las necesidades de sus ovejas; pero no podía contentar con esto solo á su piadoso corazón, sus deseos eran socorrer también á la noble juventud de su Diócesis de un modo que hiciera eternas, si pudiera ser, sus limosnas. Para esto inventó el medio más sabio y más efectivo que pudiera desear: sabía bien que las repúblicas florecientes, si llegaron á tan alto grado de esplendor, fue porque sus primeros legisladores, estando persuadidos que la cosa más importante y de primera necesidad en ellas era la educación de la juventud, de la que dependía

(1) Ezequiel, 37. 1.
su feliz y acertado gobierno, dictaron las leyes más á propó sito para conseguir este fin, haciendo fundar casas de estudios y colegios para su enseñanza. Estaba instruido que si hicieron inmortal y célebre su nombre aquellos grandes hombres que cuenta España entre sus benefactores, y respetá como á padres y fundadores de las letras, fue principalmente por la fundación de los Colegios Mayores, en donde la nobleza española halla el más seguro medio de ser educada, y servir después con utilidad al Estado y á la Iglesia. Así será celebrada para siempre la memoria de aquel grande Arzobispo de Sevilla, el Sr. D. Diego de Anaya por la fundación del Mayor de San Bartolomé en Salamanca (1); la del eminente Sr. D. Pedro González de Mendoza, por la del de Santacruz en Valladolid (2); la del Sr. Cardenal Gobernador de España D. Francisco Jiménez de Cisneros, por la del de San Ildefonso en Alcala (3); la de los Sres. D. Diego Ramírez de Haro, D. Diego de Muros y D. Alfonso Fonseca y Acebedo, por las de los de Cuenca (4), Oviedo, (5) y la del Arzobispo (6) en el mismo Salamanca; y así será también celebrada la del Ilmo. y Revdmo. Sr. D. Fray Cristóbal de Torres, por la del Colegio Mayor de Santafé (7).

45. Este generoso Prelado, á imitación de aquellos grandes hombres, quiso dar á la capital de su Diócesis una prueba de su amor paternal en este célebre establecimiento. Vela que sin embargo de haber pasado un siglo desde su fundación, aún no se enseñaba en ella otra cosa que Gramática, Humanidades, Artes y Teología, sin que hubiera cátedras de Derecho Canónico y Civil, ni tampoco de

(1) En 1408.
(2) En 1480.
(3) En 1510.
(4) En 1560.
(5) En 1517.
(6) En 1521.
(7) En 1654.
Interior del claustro nuevo
Medicina; quedando de este modo ignoradas ó poco conocidas las leyes, y la salud de sus vecinos abandonada en sus enfermedades á la casualidad ó á la ignorancia.

46. Deseoso, pues, de subvenir á estos inconvenientes, y de remediarlos en cuanto lo fuera posible, pidió al Sr. FELIPE IV facultad de fundar en Santafé un Colegio Mayor que teniendo estudios generales, gozase también los mismos honores y privilegios que goza el Mayor del Arzobispo en Salamanca. En efecto, agradó tanto este pensamiento á aquel piadosísimo Rey, que no sólo concedió lo que se le pedía (1), sino que también quiso tener parte en tan gloriosa fundación, aprobando sus Constituciones (2) y adoptándola bajo su Real Patronato (3); cuyos privilegios han sido confirmados por sus ilustres sucesores en la Monarquía; y últimamente el gran CARLOS III declara ser este Colegio de Estatuto, como lo son los seis Colegios Mayores de España (4).

47. Veis aquí, señores, coronada ya la obra y llenos los deseos de nuestro caritativo Prelado. Ya prevé los frutos abundantes de letras y virtud que ha de recoger todo este Reino y su capital de esta planta puesta por sus mismas manos, y regada con sus sudores. Empieza, pues, como solícito operario á hacer se acopien los materiales, da él mismo el diseño, y delinea los cimientos de la obra, persiguiendo el edificio hasta su conclusión, y hasta vestir por su mano las becas á los quince primeros colegiales (5) destinándolas en esta forma: cinco para Teología, cinco para Derecho Canónico y Civil, y cinco para Artes y Medicina; las que debían gozar sólo los patrimoniales de la

(1) Feliqve IV, en su Real Cédula fecha en Madrid á 31 de Diciembre de 1651.
(2) El mismo. Real Cédula fecha en Buen Retiro á 12 de Julio de 64.
(3) El mismo. Real Cédula fecha idem.
(4) Real Cédula fecha en Aranjuez á 3 de Mayo de 1768.
(5) En 13 de Diciembre de 1653.
capital y Diócesis (1), quedando de este modo beneficiadas para siempre las familias de toda ella. Pero oh caridad, incapaz de ponderarse como merece! No le pareció suficiente á este misericordioso Padre la que usó repartiendo innumerables sumas en socorro de los pobres, sino que quiso también fundar una Escuela de ella en su ilustre Colegio. Allí se debían criar y educar los jóvenes nobles del Reino con la leche de la doctrina y de la virtud, para que se hiciesen en cierto modo inagotables los tesoros de la piedad de su Fundador, pasando de padres á hijos, de éstos á los nietos, y de ellos á la generación siguiente (2). La capital de Santafé tendría en estas casas de enseñanza un monumento célebre, que acordase todos los días á sus habitadores la generosidad de su buen Prelado, y de donde habían de salir tantos sujetos, que han servido y sirven con honor á Dios y al Rey en las cátedras, en los gobiernos, en los ayuntamientos, en las doctrinas y curatos, en los coros y prebendas, en las togas y mitras.

48. Pero ¿quién creyera que esta magnífica fundación, este beneficio público, este asilo de la nobleza secular del Reino y este ornamento de su capital hubiera de tener contradicciones y obstáculos? Sí, señores, los tuvo muy grandes, aun viviendo su venerable Fundador, desde que pensó en darle la última mano con el establecimiento de las cátedras.

49. En este mismo puesto he hecho ver otra vez (3) las victorias que este Ilmo. Prelado, Padre y Fundador nuestro, consiguió mediante la protección de María Santísima del Rosario, Titular y Patrona de su Colegio, de aquellos hombres (4) á quienes el mismo bién se hacía

(1) Escritura de fundación ante Pedro Bustamante, á 17 de Enero de 1654.
(2) Joel. 1. 3.
(3) Sermón predicado en la fiesta de la Patrona, en 27 de Diciembre de 1790.
(4) Son expresiones de un autor de su misma Religión: Touron, *Historia general de América*, tomo 14.
odioso, si se administraba por otras manos que por las suyas; semejantes á los enemigos de Judá y de Benjamín, que nos refiere el libro primero de Esdras, quienes con una infame hipocresía se fingían deseosos de la honra y gloria de Dios, queriéndose hacer cooperadores en la obra del templo del Señor, sin otro ánimo que el de arruinarla y de destruirla. Aquí mismo os referí haber sido tal la persecución con que fue probada su incomparable paciencia, que llegó hasta el extremo de negarle los derechos de Fundador y de Patrono, con otras innumerables injurias y desacatos que sufrió, y con que quería el Señor purificarlo como el oro hasta el último momento de su vida.

50. En efecto: llegó el caso que postrado en la cama de su última enfermedad, viese al rededor de ella á sus colegiales, que besándole la mano y regándola con lágrimas de sus ojos le pedían su bendición, y que les dijera un adiós eterno. ¿Por qué nos desamparáis, me parece le dirían, por qué nos desamparáis, único bienhechor nuestro? ¿A quién nos dejáis recomendados en la orfandad y desconsuelo en que quedamos por vuestra falta? El Colegio que habéis fundado para nuestra enseñanza y educación, esa obra que debería inmortalizar para siempre vuestro nombre, la habéis visto por vuestros mismos ojos combatida y agitada con los más fuertes vaivenes de la contradicción. ¿Qué esperamos, pues, de ella, si le falta, si se le muere su único apoyo, su caritativo Fundador, y su piadoso Padre?

51. Ah! y qué lágrimas tan preciosas no harían derramar estos lamentos de sus hijos á aquel venerable anciano que, como Jacob, los tenía rodeados de su lecho! Toma, pues, nuevo espíritu en medio de las agonías de la muerte, que parece temía llegar á cortar el hilo de su preciosa vida: incorpórase en la cama, y lleno del valor y fortaleza propia de las almas generosas, les hace la última paternal exhortación: persuádeles pongan toda su confianza en María Santísima del Rosario, á quien les deja para amparo, refugio y único consuelo suyo: díceles que aquel Dios
eterno cuya providencia no desampara á las más despre- 
ciables vecilllas del cielo (1) es el mejor padre que les pue-
de dejar; que él mirará por ellos, abrigándolos bajo las 
 alas de su amparo y protección soberana: que en las Const-
tituciones, que ya tiene dispuestas, les deja las reglas más 
 á propósito para formar sus costumbres, y para que llenos 
de fortaleza y de valor, teniendo en las manos este precioso 
 libro, puedan manifestarlo á todo el mundo, y decir como 
 los Macabeos (2) no necesitamos nosotros de otra cosa que 
de él para nuestro mayor consuelo. Nos cum nullo horum 
 indigeremus, habemus solatio libros sanctos, qui sunt in ma-
nibus nostris. Y últimamente dando la bendición á cada 
 uno de sus hijos, toma las manos á aquel célebre varón el 
 Sr. D. Cristóbal de Araque, primer Rector nuestro, las 
toma, se las aprieta entre las suyas, y le pide, le suplica, 
 le encarga, como Jacob á José, dé sepultura á su cuerpo 
en el sepulcro que él mismo había edificado en la Capilla 
de su Colegio: En morior: in sepulchro meo, quod fodi mihi, 
sepelies me. En cuya tierna demostración entregó su alma 
 á Dios el día 9 de Julio de 1654, á los ochenta años seis 
 meses de su edad (3).

52. Murió por fin, señores, este héroe incomparable, 
faltó este caritativo Prelado, formado por la gracia para 
modelo y ejemplo de Religiosos y Obispos. Su generosa 
alma pasaría desde luego á ocupar en el cielo el lugar co-
respondiente á sus grandes virtudes; pero su cuerpo 
 (¡quién lo creyera!) á pesar de las instancias y súplicas 
 que habéis oído hizo para esto, no fue sepultado en su pro-
pio sepulcro. Nuestro primer Rector, á imitación de José, 
hizo cuanto le fue posible para conseguirlo; pidió, suplicó, 
 rogó le dejasen sepultar á su Padre conforme á su última 
 voluntad; no le bastó exponer, como José á Faraón, la es-


(2) Machab. 12. 9.

(3) Consta de la fe de bautismo original suscrita por el Licencia 
do D. Jerónimo Morales, Cura de la parroquia de Santiago de Burgos, 
y comprobada por cuatro escribanos reales de la misma ciudad.
JUNTA ORGANIZADORA

NICOLAS ESGUERRA  
Presidente

JOSE MANUEL MARROQUIN  
Vocal

GONZALO PEREZ  
Secretario

JOSE VICENTE ROCHA  
Tesorero.
trecha obligación en que estaba constituido por la ley inviolable y sagrada de un testamento, que debía cumplirse en todas sus partes, quedando de este modo privado su Colegio por tantos años de aquellas apreciables reliquias. Un Decreto Superior de la Real Audiencia: he dicho mal: una expresa voluntad de la Divina Providencia (cuyos juicios no pueden de ningún modo comprenderse) determinó quedase el cadáver de este venerable difunto depositado en su Iglesia Catedral, en donde se ha mantenido colocado en el más honroso sepulcro, esto es, bajo del mismo altar del Sacrificio, lugar en que la Iglesia acostumbra poner las reliquias de los predicadores y testigos de su fe: verificándose así el dicho del gran Padre San Ambrosio (1): que las cenizas del Sacerdote deben depositarse en el mismo lugar en que acostumbra ofrecer el Sacrificio. Allí, pues, han estado colocadas por espacio de ciento treinta y nueve años las de este gran Sacerdote del Señor, hasta que llegó la plenitud de los tiempos (2) determinada en los impenetrables consejos de la Divinidad, para que se cumpliese su testamento, dándoselo como á Jacob sepultura en el sepulcro que él mismo había edificado y costeado para descanso de sus cenizas.

53. Vosotros, pues, afortunados hijos de este Colegio, que después de tantos años vais á cumplir hoy este encargo tan sagrado de vuestro piadoso Padre, llegaos, besad esa admirable mano, á cuyas liberalidades debéis la educación, el bienestar y todo cuanto sois y tenéis. Esas reliquias, amables residuos de su humanidad, que á pesar de la voracidad del tiempo ha conservado la Providencia para colmo de vuestros votos y satisfacción de vuestros deseos, puestas en ese sepulcro á vuestra vista, os harán acordar todos los días, como las de Jacob á su posteridad, las virtudes de su dueño para imitarlas: su presencia os traerá á la memoria los innumerables beneficios con que os ha fa-

---

(1) S. Ambros. in Epist. Dom. Seror. scripts.
(2) Ad Gal. 4, 4.
vorecido su liberal mano, los paternales consejos que os
dió estando para morir, las leyes y constituciones que dictó
para gobierno de vuestro Colegio, con cuya observancia
habéis atraído sobre él las bendiciones del Dios de Israel,
que lo ha sostenido desde su fundación hasta el presente, á
pesar de las mayores contradicciones.

54. Los habitadores de esta nobilísima ciudad de San-
tafé dirán todos los días al pasar por la capilla de vuestro
Colegio: este es el lugar donde quiso ser enterrado aquel
insigne benefactor nuestro, que con tanto cuidado procuró
el ornamento de nuestra patria, que fue testigo de sus
obras, de sus virtudes, y principal interesada en sus libe-
ralidades. Los lugares, las ciudades y los pueblos, en una
palabra, todo este Nuevo Reino de Granada publicará que
este es el sepulcro en que últimamente han colocado sus
hijos, para que descansen, las cenizas de aquel caritativo
Prelado, que de un modo maravilloso extendió para siem-
pre los efectos de su pastoral amor hacia sus ovejas esta-
bleciendo en su capital esta escuela de virtudes, para que
se formasen en ella los espíritus de su más noble y escogi-
da juventud.

55. La Nación de los indios os felicitará de que sois
sumamente dichosos en tener aquí guardadas hasta el día
de la universal resurrección las reliquias de aquel amantís-
imo Padre, que como el ángel á Elías, les trajo á ellos el
soberano pan para su espiritual alimento. La Sagrada Re-
ligión de Predicadores se llenará de gozo al ver el depósi-
to de este perfecto imitador de su Santo Patriarca, que con
su elocuente predicación adelantó tanto en España y In-
dias la devoción del Santísimo Rosario. El Real Convento
de San Pablo añadirá esta circunstancia á los fastos de su
historia, teniéndose por feliz de haber criado en sus claus-
tros á un tan sabio y ejemplar Religioso. Su patria, esa
insigne y esclarecida ciudad de Burgos, lo será más por
haber sido madre de tan noble y benemérito ciudadano. El
Reino todo de España sabrá y publicará con elogios que
habéis dado ya sepultura, conforme á sus últimas disposiciones, á aquel orador insigne, que cuenta entre sus más sabios y eloquientes predicadores, que fue honrado con la estimación más particular de sus monarcas, y cuya fama llegó á ser el objeto de las alabanzas de las naciones extranjeras.

56. Vos, alma generosa, alma caritativa, recibid con agrado las memorias de estos vuestros agradecidos hijos, de aquellos hijos que han tenido por una especialísima providencia el honor de ser ejecutores de vuestra última voluntad. Desde el seno de Abraham (en donde piadosamente creemos descendingáis) estáis viendo que estos fúnebres honores que os ofrecemos en el día en que damos sepultura á vuestras cenizas, no corresponden á lo mucho que os debemos; que el orador destinado para elogiar vuestra memoria más bien la habrá manchado con la torpeza de sus palabras, que alabándola como merece; que pudiera y debiera regar sobre vuestro sepulcro otras flores más bellas: aquellas, digo, que han producido tan abundantes y sazonados frutos en este terreno regado y cercado con vuestros sudores y desvelos: debería tomar de las sienes de tantos ilustres hijos vuestros las coronas y laureles que se han cortado en este campo, ofreciéndolas todas para aumento de vuestras glorias. Pero sé de cierto que los más agradables inciensos que podemos queman hoy sobre vuestras aras son los puros y sencillos afectos de nuestros agradecidos corazones. Recibidlos, pues, alma incomparable, y pedid al Dios eterno, en cuya presencia sin duda estaréis, por la conservación, prosperidad y aumento de vuestro Colegio; por la vida y felicidades de su excelsa Patrono (1); por la del que en esta ciudad hace sus veces (2), y por la del Prelado actual, digno sucesor en vuestra Silla (3).

(1) El Sr. D. Carlos IV, Rey de España.
(2) El Excma. Sr. D. José Ezepeleta, actual Virrey, que se hallaba presente.
(3) El Ilmo. Sr. Arzobispo D. Baltazar Jaime Martínez Compañón, que celebraba el oficio de Pontificál.
DISCURSO

DEL SR. COLEGIAL DR. NICOLÁS ESGUERRA, AL INAUGURARSE
LA ESTATUA DEL FUNDADOR

Sr. Presidente de la República, Ilmo. Sr. Arzobispo, Sr. Rector y
Claustro:

Para corresponder á la confianza que el Sr. Rector de este Ilustre Colegio me ha dispensado, ocupó la tribuna en la más solemne de las festividades que pueden celebrarse en la época presente.

Era mi deseo que este puesto hubiera sido ocupado por el digno Sr. Rector del Establecimiento. A sus dotes oratorias habría él añadido una mayor autoridad para hablar de hombre tan ilustre, tan piadoso y tan cristiano como lo fue el Dr. D. Fray Cristóbal de Torres, cuya estatua acabamos de descubrir, y la cual todos contemplamos como la de un benemérito benefactor de nuestro pueblo y uno de los que más interés demostró por los aborígenes, nuestros antepasados.

Los hijos del Colegio del Rosario hemos querido erigir una estatua al fundador del Establecimiento, y yo, á nombre de todos ellos, creo deber elemental dar las gracias á Dios antes de proseguir adelante, por habernos permitido llevar á término feliz el proyecto y ver cumplida la obra de gratitud y de piedad filial que de tiempo atrás acariciábamos.

Una obra que resiste los embates del tiempo, las transiciones gubernamentales, los cambios de política y la general agitación de países como el nuestro, y que después de dos y medio siglos de existencia y de opísumos frutos en todas sus edades, es hoy uno de los planteles de educación que mejor satisfacen las necesidades docentes y que con mejor brillo acredita nuestra cultura intelectual y nuestros progresos científicos, pone de manifiesto la colosal figura
de su fundador y demuestra cómo es pequeña, por grande que parezca, la ofrenda que le hacen los hijos del Colegio.

Fue el maestro D. Fray Cristóbal de Torres el más ilustre sin duda de los varones que la madre Patria envió al Nuevo Reino de Granada, y si á España debemos la Santa religión que profesamos, la hermosa lengua de Castilla y tantos otros ricos dones, que de ella recibimos; á la parte de esos dones, debemos agradecerle el muy precioso que nos hizo, enviándonos á un prelado tan sabio, tan virtuoso y tan modesto como el Sr. Torres.

Débese á esas virtudes y á un desprendimiento y á una caridad sin límites, la fundación del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Quiso el Sr. Torres ofrecer á la juventud del Virreinato, todos los recursos que en la Madre Patria pudiera ella encontrar para educarse, y fundó en efecto, con permiso del Monarca, un Colegio por el estilo del Mayor del Arzobispo en Salamanca.

Todos los recursos pecuniarios de que podía disponer, toda su fortuna patrimonial, la dedicó á tan santa obra, y más que eso, dejó impreso en las Constituciones, muy sabias con que lo dotó, su propio espíritu, el que habría de hacer inmortal al Colegio, al través de los tiempos y de las adversidades.

Modelo son esas Constituciones de previsión y de orden, y allí pueden beberse las más sabias enseñanzas sobre la organización del Gobierno. Nada aventuro al decir que esas Constituciones han tenido grande influencia en nuestra forma republicana de Gobierno, y que, la juventud salida de los Claustros del Colegio del Rosario, lleva en la mente y en el corazón, grabados de modo indeleble, los principios del Gobierno efectivo, representativo y responsable y la división fundamental de las ramas del Gobierno, no menos que la idea de rechazar, aun de parte de la autoridad suprema, todo lo que salga de los límites fijados por las Constituciones, ó sea, el abuso del poder en cualquiera forma.
La investidura de la beca de Colegial confiere á éste la calidad de elector de las autoridades superiores del Colegio mediante una tramitación que garantiza la efectividad y la pureza del sufragio: hé aquí el germen de la ciudadanía moderna y del Gobierno representativo, que pide la razón y se conforma mejor con el espíritu del cristianismo, que la autoridad absoluta de los reyes.

La elección por sí sola, no confiere al Rector una autoridad discrecional. El no puede entrar á desempeñar su cargo sin dar previamente cauciones que garanticen su manejo, y debe rendir periódicamente cuentas de su administración: ahí tenemos la semilla de otro de los grandes principios sobre que descansa el Gobierno moderno: la responsabilidad de los mandatarios.

El Rector por sí solo no constituye, una vez elegido y posesionado, la única autoridad bajo la cual debe quedar sometido el régimen del Colegio que, á más de la elección de un Vicerrector, se previene la elección de la Consiliatura con facultades que limitan la autoridad rectoral: en esa institución encontramos establecido el principio de la separación de los poderes opuesto al cesarismo, quizás más enemigo de la libertad que la propia monarquía absoluta.

Al Patrono le es obligatoria la escogencia de las autoridades sobre las ternas presentadas por el Colegio y aun la mera confirmación de la elección de un solo candidato cuando los electores no encuentren personal para completar la terna correspondiente. La elección se hace por el voto secreto de los sufragantes, á quienes no les es permitido tratar de ella sino tres días antes del en que han de depositar sus votos. En la exigencia de estas formalidades, se encuentra un sano principio del respeto al derecho de sufragio, sin el cual la existencia de la República es mera burla.

Cierto que el ilustre Arzobispo, cuya sagrada memoria honramos hoy, dio bases aristocráticas para la escogencia y admisión de colegiales, las cuales pugnan con el concep-
to que hoy tenemos del Gobierno del pueblo y para el pueblo; pero justo es observar también que nociones tan elevadas no podían tenerse en la época en que él fundó su Colegio y que, por una misteriosa ley, se ha observado siempre que los impulsos más vigorosos en el sentido de la democracia han provenido de las altas ilustraciones nacidas en el seno de las capas elevadas de las sociedades, de lo cual es ejemplo elocuente este Colegio.

Jamás la frase de origen divino, “por sus frutos los conoceréis,” ha tenido entre nosotros tan estricta aplicación como cuando contemplamos los opúsculos de la obra del ilustre Arzobispo de Santafé que bebío en el Convento de San Pablo de Burgos el nectar de la ciencia y supo transmitir á más de ella el divino soplo de la libertad á los educandos criollos del Nuevo Reino de Granada.

Si quisiera hacer una enumeración de los nombres, virtudes y merecimientos de los colegiales de nuestro Instituto, que han dado días de gloria á nuestra Patria, riesgo correría de no ver terminado mi discurso.

Por eso apenas os recuerdo á Camilo Torres y José Fernández Madrid, á Jorge Tadeo Lozano y Joaquín Mosquera, á Castillo y Rada y Domingo Caicedo que con brillo ocuparon el solio de la primera Magistratura de la Patria redimida; á los Ilmos. Sres. Caicedo y Flórez, Mosquera y Herrán, los tres primeros Arzobispos de Bogotá en la época republicana; al que también fue dignísimo Arzobispo de esta misma Arquidiócesis, Ilmo. Sr. Paúl y al Canónico exímio Dr. Manuel Fernández Saavedra, elocuentes oradores que dieron lustre á la Catedra sagrada; á Caldas que no puede aparearse con ninguno por sus talentos, sus conocimientos, su amor á la ciencia, y cuya temprana desaparición es quizás la que conmueve las más íntimas fibras del corazón al contemplar el martirologio de la Pacificación; á Diego Fernando Gómez, Rufino Cuervo, Miguel Chiari y tantos otros que honraron la Magistratura.
de nuestras Cortes de Justicia; á García Toledo, Camacho, Rodríguez Torices, Lino de Pombo, Ezequiel Rojas, Ignacio Gutiérrez Vergara, que dieron lustre que aún brilla al Parlamento, á la Administración pública y á la Diplomacia; á Maza, D’Elhúyart y Girardot, jóvenes granadinos que supieron derramar su sangre generosa en la Guerra Magna; á Acosta y Plaza, que recogieron para salvar del olvido los siglos los hechos gloriosos de esa misma Guerra; á Mutis, de Isla, Merizalde, Pardo y Vargas Reyes, cultivadores de las ciencias naturales los dos primeros, insignes médicos los otros; á Estanislao Vergara, Duque Gómez, Rafael Rivas Mejía, Núñez Conto, Juan Agustín Uricoechea, Francisco Eustaquio Alvarez, Colunje, Ancízar y Rudas, que, con otros de los ya nombrados, ejercieron el Rectorado del Colegio é ilustraron sus nombres ya en la educación de la juventud, ya en el Foro y en la Magistratura, ya en la prensa, ya en elevados cargos públicos.

Pero á qué más larga enumeración si al traer á la memoria cualquier hecho glorioso, cualquiera fecha, cualquiera batalla, cualquiera de las ejecuciones capitales de la Pacificación, allí se encuentra el nombre de alguno de los hijos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

No debemos, sin embargo, olvidar los nombres ilustres de dos compatriotas desaparecidos desgraciadamente hace pocos años, y que regentaron también el Colegio dejando huellas de luz, como igualmente la dejaron en la Literatura y en las Ciencias Políticas. Me refiero á los Sres. José Manuel Marroquín y Carlos Martínez Silva. El primero colaboró eficazmente en la obra que hoy coronamos, y si hubiera podido acompañarnos lo veríamos hoy con su genial bondad participar de nuestro gozo y de nuestra justa alegría.

El último eslabón en esa preciosa cadena de Rectores á que me he referido lo tenéis aquí presente, y quiera Dios conservar su preciosa existencia para bien del Colegio,
gloria de la Iglesia y fomento de las ciencias que cultiva con tanto esmero y con tan poderosas facultades mentales. El Rectorado del Sr. Dr. Carrasquilla, sobre quien se ve de modo tan palpable la protección divina, ha sido uno de los más fecundos en la historia del Colegio. Durante él se han visto renacer las antiguas instituciones con las reformas que los tiempos modernos hacían necesarias; se ha transformado nuestro edificio solariego; se ha construido un nuevo claustro; se ha restaurado la Facultad de Jurisprudencia, y se ha establecido solidaridad entre sus hijos, la buena, la verdadera, la que se funda en el merecido respeto y en el sincero afecto.

Por recordar las instituciones fundamentales de nuestro Instituto y los nombres y merecimientos de sus hijos, iba olvidando ya que debía mostrarnos de cuerpo entero la egregia figura de nuestro Fundador que se yergue majestuosa sobre su obra.

Nació él de nobilísima estirpe, el 27 de Diciembre de 1573, y fue educado con el mayor esmero por sus padres hasta que abrazó el instituto de Santo Domingo y profesó en el Convento real de San Pablo de Burgos, en el cual obtuvo dignidades importantes.

Sus excepcionales dotes oratorias lo llevaron á ser predicador de los Reyes Felipe III y Felipe IV, y sus virtudes eximias lo designaron para confesor de la Reina Margarita de Austria, esposa del primero.

A esta virtuosa soberana debió el Sr. Torres el valioso obsequio de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, bordada por sus augustas manos, la cual ha merecido siempre y continuará mereciendo la devoción de los hijos del Colegio, devoción que, heredada del Fundador, han sabido ellos conservar y acrecentar con filial cariño.

Su ardiente caridad y un concepto elevadísimo de la misión del sacerdote católico hicieron abandonar al Sr. To-
rres la brillante posición que ocupaba en la Península para venir al Nuevo Reino de Granada como Arzobispo de Santafé, dignidad para la cual fue elegido en el año de 1634.

Aquí, según dice su biógrafo, el eminente Dr. Núñez Conto, “se ejercitó siempre con mucho fruto en la predicación; fue espejo de virtudes sublimes, ejemplo de devoción, muy religioso, pobre en medio de la riqueza, muy dado a la oración, humildísimo hasta el fin.”

El obtuvo que se diera por primera vez la sagrada comunió á los indios; proveyó de necesarios enseres á la iglesia Catedral, estableció la solemne procesión del Corpus, dio cerca de $ 300,000 en limosnas; ayudó al erario á salir de dificultades en varias ocasiones; sostuvo médico, cirujano y botica para los pobres, así como misiones evangelizadoras á su costa; fundó la casa de expósitos que aún existe, gastando en ello cerca de $ 200,000; y ese hombre ilustre que así empleaba su dinero, vivía en la estrechez y llegó á verse en el caso de no tener un real para sus gastos personales y tener que pedir prestados á un amigo hasta $ 50.

Pero su obra predilecta fue la fundación del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, á la cual consagró todos sus desvelos, toda su fortuna, toda su inteligencia, toda su posición en el Episcopado, todas sus relaciones en la Corte. El compró el terreno en cuyo centro se levanta hoy, simbolizada por el bronce, su figura, al par que benévola, de severidad imponente; él hizo á sus expensas el edificio, presidiendo en su construcción á los más nimios detalles; pidió y obtuvo del Rey para su Colegio los mismos honores y privilegios de que gozaba el Colegio Mayor del Arzobispo en Salamanca, gastando en el pago de los derechos reales 40,000 ducados; dotó al Colegio de sabias instituciones, cuyo ligero bosquejo hice ya; presidió á sus primeros pasos y lo dejó provisto de rentas suficientes que aseguran su existencia futura.
"Mas esta fundación tan importante, dice el Dr. Núñez Conto, le acarreó la persecución más encarnizada, los disgustos más crueles, los desprecios, las humillaciones, las injurias y calumnias inauditas desde que la realizó hasta su muerte, sin más causas ni origen que haber querido hacer un bien público de tan grande magnitud, que tener la razón y la justicia de su parte, y que haber tenido que oponerse á los procederes y á los intentos de algunos hombres, á quienes el mismo bien se hacía odioso, si se administraba por otras manos que por las suyas, y que fingiendo cooperar, procuraban arruinar y destruir la obra. Tantos agravios, tantos baldones y calumnias, formaron el más crue mortífero que sufrió el virtuoso Prelado con una constancia imperturbable, con una resignación sin ejemplo, con una paciencia inalterable y con una humildad propia del buen imitador de Jesucristo. Llegaron hasta el extremo de negarle los derechos de Fundador y de Patrón, y de informar á la Corte de Madrid que el Sr. Torres era un Arzobispo excomulgado, que patrocinaba en el Reino todo linaje de crímenes. Pero en medio de tan cruel y deshecha tempestad se le ve seguir imperturbable, y cuando parecía que humanamente era imposible que continuase en atender y fomentar su obra, que debió habersele hecho odiosa, como que fue el origen de tanto martirio en la avanzada edad de ochenta años, redobla sus esfuerzos y su perseverancia para rescatar, fomentar y sublimar el Establecimiento: tanta era su fe, tan y tan viva su esperanza en Nuestra Señora del Rosario, bajo cuyo poderoso patrocinio puso la obra desde el momento en que la concibió."

Coincide, con diferencia de pocos meses, la inauguración de la estatua del preclaro fundador de este Colegio, Fray Cristóbal de Torres, con la celebración del centenario de la fecha en que los hijos más ilustres de este mismo Colegio, con otros compatriotas, dieron el grito de emancipación de la Madre Patria.
Más que ninguna otra entidad, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario está obligado a contribuir a la celebración del centenario de la gloriosa fecha del 20 de Julio honrando aquellos de sus hijos que inmolaron su sangre en los cadáveres pacificadores después de haber echa- do los fundamentos de las instituciones patrias con la Constitución de 1811; pero así como el hombre en sus relaciones privadas debe cumplir primero los más sagrados deberes y aplazar el cumplimiento de otros para ocasión más propicia, nuestro Colegio habría bastardeado de su propio linaje, si se me permite la expresión, si antes que honrar á cualquiera de sus hijos ilustres, no hubiera hecho el merecido homenaje a su egregio Fundador.

La independencia y la libertad de un pueblo no son de generación espontánea; y la chispa incendiadora que el gran Nariño hizo brillar, se habría apagado á su simple aparición si no hubiera encontrado listo el material que la Colonia le legara: de independencia, con la sangre que en las venas de algunos criollos había quedado de la que no se derramó en la cruel represión de las Comunidades que Padilla encabezó en nombre de las gloriosas tradiciones castellanas contra el despotismo absorbente del teutón; de libertad, con las Constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que enseñaron á quienes sucesivamente fueron, pasando por sus Claustros las nociones del Gobierno propio.

Al inaugurar, pues, la estatua que la piedad filial y la gratitud de los hijos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario elevan dentro del recinto de sus Claustros a su eximio Fundador, se celebra dignamente el centenario de nuestra emancipación política y se le da á esa celebración su carácter genuino con el reconocimiento de que la existencia misma de la República y de sus bases fundamentales nos vinieron con la sangre española y la organización del más ilustre de sus Colegios.
Dr. Rafael María Carrasquilla
Colegial y Rector
Al rasgarse entrelazados, como acabamos de presenciarlo, el estandarte de Castilla y el pendón tricolor colombiano que cubrían la efigie de Fray Cristóbal de Torres, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, al propio tiempo que tributa un homenaje personal a su genitor, y que celebra de ese modo, por anticipación, de pocos meses, el centenario de la Independencia Nacional, deja constancia de que esta obra fue conjunta de España y Colombia, y que si algún carácter tuvo la guerra que la selló fue el de una lucha civil entre hermanos en el terreno meramente político, de ninguna manera el rompimiento de lazos visibles e invisibles que unen a la Madre y a la hija, por cuyas venas corre una misma sangre, en cuyos pechos se anidan los mismos sentimientos y de cuyos cerebros irradiían unas mismas ideas.

He dicho.

**ORACIÓN GRATULATORIA**

**DEL SR. COLEGIAL DR. R. M. CARRASQUILLA**

Al fin ha llegado este día, tan ardientemente deseado, aguardado con ansia ferviente por largos años; día magnífico para este Colegio del Rosario, que añade a sus glorias, casi tres veces seculares, un nuevo laurel, al pagar una sagrada deuda de gratitud; para los hijos de esta alma mater quienes, al contemplar esta efigie de bronce, animada por el soplo creador de eminentes artistas, nos sentimos protegidos y seguros, como si nuestro Fundador se hubiera levantado del sepulcro en que descansa, allí en la capilla; y como si su alma hubiera descendido del cielo para morar en medio de nosotros.

Día grande para la Iglesia, que presencia la apoteosis de un hijo suyo devotísimo, de un religioso austero y ejemplar, de un sacerdote, que habría sido digno de tan alto carácter, si hubiera hombre merecedor de lo que habría fra-
quEar á los ángeles mismos; de un Arzobispo, de un Pon-
tífice, seguidor muy de cerca de las huellas de los Lean-
dros é Isidoros.

Memorable día éste para la amada Patria, para la Repú-
blica fundada por sabios y fecundada con sangre de héroes
y de mártires. Hé ahí el creador de nuestra cultura intelectual, el maestro de todos nuestros maestros, el bienhechor
de los indígenas, el padre de los huérfanos, la providencia visible de los pobres. Hé allí el hombre que, en las Constituciones que estrecha contra el corazón, realizó el ideal de una República cristiana, con régimen electivo, con distinción sabia de poderes, con amplia libertad para lo bueno, con responsabilidades efectivas; con la santa igualdad que no consiste en abatir á los grandes para ponerlos al nivel de los ruines, sino en elevar á los pequeños hasta la excel-
situd de los mayores.

La Nación colombiana está de plácemos; esta fecha se
contará entre nuestras efemérides de gloria. Hemos alzado un monumento á un varón muerto hace dos siglos y me-
dio, nacido fuera del territorio patrio y alistado en orden monástica mendicante. No fue hombre de guerra, ni llevó
en su cuerpo las cicatrices del combate, ni en la frente los cruentos laureles de la victoria; no fue fundador, ni jefe, ni
soldado de ningún partido político; no dejó en nuestro suelo ni deudos ni parientes.

Y sin embargo, se erige hoy la estatua del Arzobispo Torres, cuando aún no existen ni la de Nariño, el precur-
sor de la Independencia, ni las de Caldas, el sabio; Torres, el jurisconsulto insigne; Ricaurte, el héroe legendario. Y
se erige por contribución voluntaria de los que nos llamas-
mos no alumnos, sino hijos del Colegio; hombres de opuestas opiniones, dispersos en el ámbito extensísimo de la
Patria.

¡Oh, ved cuán hermosa es la figura de nuestro amado padre! La cabeza erguida, la firme mirada propias del hombre nacido para el mando; la espaciosa frente, abulta-
da como si no alcanzara á contener sin esfuerzo la gran-
dezza del pensamiento; el rostro demacrado, ascético del
sabio y del penitente, la fina, dulce boca, de donde parece
que van á fluir los torrentes de elouencia con que asom-
bró la corte de los Felipes. Viste el amplio y airoso hábito
de los Predicadores, tan semejante á la romana toga; el
que llevaron Domingo de Guzmán, Tomás de Aquino,
Soto y Victoria. Pende del cíngulo el rosario, que da su
nombre á nuestro Instituto, y es símbolo de la devoción
predilecta de nuestras madres de la tierra, predilecta de
nuestra celestial Madre María. Oprime Fray Cristóbal con-
tra el pecho el volumen intangible de nuestras Constitucio-
nes, que nadie ha violado impunemente, y extiende la dies-
tra, descarnada, aristocrática, supremamente bella, como
para proteger á los jóvenes que se educan á la sombra del
Claustro, para amparar el Colegio, para bendecirlo, en nom-
bre de Dios, desde la gloria.

El ciudadano respetable que me acaba de preceder en
esta tribuna, autor primero del pensamiento de levantar
estatua á nuestro Fundador; el Dr. Esguerra, que princi-
pió la vida como discípulo en estas aulas, y ha venido hoy,
antes de rendir la jornada, á enseñarnos como maestro, os
ha dicho, como no acertaría yo á decirlo jamás, quién fue el
varón egregio en cuyo honor nos hemos congregado.

No pretendo añadir cosa alguna á sus palabras: he ve-
nido para desahogar el corazón, para rendir votos de gra-
titud, para ensayar un himno triunfal á nuestro Colegio y
á sus hijos.

Dejadme que envíe, desde este lado de los mares, un
saludo de parabienes á la vieja España, patria educadora
de Fray Cristóbal de Torres, primera madre cariñosa nues-
tra, valiente contendorá después, ahora hidalga amiga de
Colombia. Hoy he visitado en espíritu los vetustos claustros
del convento de San Pablo de Burgos; he penetrado con
hondo respeto á las venerandas aulas salmantinas, para-
dome al pie de la cátedra de Domingo de Soto, y tratado
de adivinar el sitio de un joven dominico, á quien amo con filial y encendido cariño.

Después he vagado por estos mismos amplísimos corredores, mirando con la mente los primeros quince colegiales, "lo más granado de la nobleza secular de este Reino," y los he visto crecer, sentarse más tarde en la silla rectoral, ilustrar el Capítulo metropolitano con sus virtudes y á la naciente Colonia con profunda ciencia en lo humano y lo divino.

Saludemos, el correr de los tiempos, á Miguel Masustegui, que deja en vida al Colegio sus cuantiosos haberes; á Fernando Caycedo, que reedifica á su costa aquella ala del Claustro, destruida por los terremotos, y trae á la Capilla las cenizas del Fundador augusto.

Pero, ved ! Entra por la puerta mayor un sacerdote, de tostada tez, de grave continente. Es aquel apellidado por Linneo "nombre inmortal que ninguna edad será poderosa á borrar," el amigo de Humboldt, el mayor sabio de España y uno de los primeros de Europa en el siglo décimo octavo: D. José Celestino Mutis. Penetra á aquella aula, siéntase en la cátedra: sus alumnos se llaman Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio Gutiérrez, Crisanto Valenzuela y muchos más de nombres igualmente ilustres. Los discípulos, corriendo el tiempo, se trocaron en compañeros del egregio maestro, en miembros de la Expedición Botánica memorable.

¿Cuándo tornarán al dulce nido del alma? ¿Cuándo volverán á sus aposentos de colegial, y se postrarán de nuevo ante el amado altar de la capilla? Ya han regresado: Morillo, el Pacificador, ha convertido el Colegio en prisión; las celdas, en calabozos. A uno de los colegiales le toca hoy el turno; mañana, á otro. Ante la imagen de la Bordadita, que oyó sus plegarias de niños, recitan ahora las preces de los agonizantes; reciben el Viático sagrado en el mismo lugar donde antes la primera comunión; y,
al sonar la hora, descienden por aquella escalera, tristes, como todo espíritu superior ante las injusticias humanas; serenos, como quien marcha al cumplimiento del deber; graves, como quien se prepara al acto más importante de su vida. Porque sólo hay una cosa más grande que consagrarle la vida á la Patria, y es morir por ella.

Joaquín de Cayzedo escribió con su sangre la primera página del martirologio de la libertad; otros colegiales perecieron en el cadalso, al pie de los muros de Cartagena, la ciudad cuatro veces heroica; Cabal, en la plaza de la noble Popayán; D'Elhuyart, el héroe de Puertocabello, se ahogó en alta mar, y Girardot recibió un balazo en la frente, al clavar, en Bárbara, la bandera tricolor en lo alto de las trincheras enemigas.

No sé si más afortunados, colegiales como Maza, el ángel exterminador de las huestes realistas, después de agrio luchar oyeron las dianas que celebraban el triunfo de Boyacá, el cañón que anunciaba la final victoria de Ayacucho. Otros, no militares, devoraron las asperezas del presidio, las soledades del destierro, y tornaron á sentarse en las cátedras del Rosario, y emprendieron la ruda tarea de organizar la República, dejando tesoros de sabiduría y altos ejemplos de honor para enseñanza de las generaciones venideras.

Y hoy, al cabo de doscientos cincuenta y seis años de fundado, el Colegio del Rosario subsiste. De que vive y palpita, de que conserva, á lo menos, la memoria en la mente y la gratitud en el corazón, dan testimonio esta imponente fiesta, este monumento glorioso.

¿En qué consiste semejante perdurar milagroso al través de épocas y en una tierra de incesantes mudanzas? En que Fray Cristóbal infundió á su Colegio el espíritu católico romano, que es el principio de vida, la forma sustancial de nuestras Constituciones; y todo cuanto recibe la savia de la Iglesia de Cristo queda tocado de eternidad; en que nos dio por patrona á la Virgen María en su advocación
del Rosario, y María es madre, y madre que no consiente en que se disuelva su hogar y se disparen huérfanos sus hijos; en que nos legó Estatutos fundados en la libertad cristiana, y la libertad que Cristo trajo al mundo es inmortal; en que dispuso que su Colegio fuera “Seminario de la doctrina de Santo Tomás de Aquino”; “del más sabio entre los santos, del más santo entre los sabios”; de aquel cuyas doctrinas han venido a comprobarse con los maravillosos descubrimientos de las ciencias físicas modernas; del que adivinó, en el siglo XIII, el sistema político actual de la Gran Bretaña; llamó a los gobernantes “los encargados del cuidado de la comunidad”; definió la ley “ordenación de la razón,” hizo disminuir la designación de los magistrados del querer nacional, anatemizó la tiranía, santificó el derecho y glorificó la humana razón, apellidándola “participación de la luz divina en nosotros.”

Nuestras Constituciones respiran de tal modo a Santo Tomás, están tejidas de tal suerte de sentencias y máximas del Angélico Doctor, que todo el que ha pasado por aquí tiene mucho de tomista, acaso sin saberlo o sin quererlo.

¡Gracias sean dadas a Dios omnipotente, a quien Fray Cristóbal las tributaba humilde, “porque le había concedido la voluntad de fundar este Colegio!” ¡Gloria y adoración a Cristo, Verbo de Dios, maestro de toda verdad, origen de todo bien! ¡Alabanza y amor a la Virgen del Rosario, á nuestra dulce Bordadita!

¡Bendita la memoria de los varones preclaros, hijos de este Claustro! ¡Vivan siempre en la memoria de todo colombiano los nombres y los hechos de todos los próceres nuestros padres, libertadores y fundadores de la República!

Reciban, en mi nombre y en el del Claustro actual, homenaje de gratitud los distinguidos caballeros, hijos del Colegio, que formaron la Junta encargada de levantar el monumento, y recíbalos la ilustre memoria del que fue Rector de este Instituto, hermano de mi padre, por la dulce
intimidad cristiana que hubo entre ellos, amigo afectuoso del que os habla; gloria, en fin, de las letras y de la poesía (1).

Noblemente satisfechos han de estar los hijos del Rosario que, con sus fondos, costearon esta obra de justicia. Unos están aquí presentes; otros, muy lejos, diseminados en todo el patrío territorio. Los abrazo con fraternal afecto.

Llegue, á través de los mares, el eco de universal aplauso al artista que supo animar este bronce glorioso, en la insigne tierra catalana.

Recibid mi saludo reverente, los que representáis aquí los poderes de la Iglesia y los del Estado y nos habéis honrado con vuestra presencia. Recibanlo los caballeros que han dado importancia, al congregarse aquí, á nuestra fiesta, y las damas que la han embellecido.

El bronce, en los planes del hombre, sirve para perpetuar la memoria de los grandes; pero el tiempo corre, toca las estatuas, las atierra primero, y las reduce á polvo en seguida. Y cuando de ésta que hoy hemos levantado no queden ni fragmentos, subsistirá íntegra la figura de Fray Cristóbal de Torres, en la memoria, en el respeto, en la gratitud de las generaciones de entonces.

Y hasta entonces vivirá nuestro Claustro, si nunca bastaremos de nuestro origen glorioso, si no renunciamos á la independencia y á las Constituciones del Colegio, si le conservamos al alma católica y tomista, el amor á la Patria, el entusiasmo por la República.

Dios está con nosotros, Dios lo quiere; la Madre de Dios nos protege bajo la sombra de su manto.

(1) Don José Manuel Marroquín.
LA ESTATUÁ DE FRAY CRISTÓBAL

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario acaba de realizar un acto de justicia y de reconocimiento filial en honor de su egregio Fundador, el Arzobispo D. Fray Cristóbal de Torres. Por iniciativa del actual Rector, que en actividad, tino y virtud es un digno sucesor del Sr. Torres, los hijos todos del Colegio, sin distinción de edades, condiciones ni ideas políticas, han acudido a ofrecer su contingente para la erección del monumento destinado a perpetuar la gratitud que profesan las nuevas generaciones al que continuá siendo el gran padre y director de los espíritus que se educan á la sombra de estos claustros coloniales. La obra se ha llevado á cabo con una rapidez y felicidad raras en este país, donde toda empresa de empeño encalla y lenguidece en medio de las dificultades, y hoy se alza en el centro del claustro mayor del Colegio la estatua en bronce de Fray Cristóbal, sirviendo allí, en el corazón del Instituto, como de genio benéfico, protector de la juventud.

Desde tiempos atrás poseía el Colegio un recuerdo artístico del Fundador, su retrato, obra del pintor sevillano Baltasar de Figueroa, venido á estas tierras y maestro del gran Gregorio Vásquez Ceballos. El lienzo de Figueroa tiene valor inapreciable, por ser de los poquísimos retratos que pintó. También en la galería del Colegio existe el de D. Francisco Caldas Barbosa, uno de los primeros quince Colegiales y de los primeros Rectores, que es obra de Vásquez. Este ilustre bogotano nos dejó, en sus cuadros mejores, pruebas suficientes para poder afirmar que, si en vez de formarse en este oscuro rincón colonial, se hubiera educado en España, figuraría como estrella luminosa en el coro de los grandes maestros del arte místico-realista, gloria inmortal del pueblo español.
D. DIONISIO RENART Y GARCIA
Escultor barcelonés.
El nuevo homenaje ha sido concebido y ejecutado en la Península, por un paisano del Sr. Torres. No es el profesor Renart un maestro famoso todavía: la estatua de Fray Cristóbal es quizá su primera obra de importancia. Pero este bronce es revelador de grandes facultades artísticas en quien lo concibió, y encierra promesas de gloria futura. No sólo el Colegio del Rosario sino la capital misma han recibido embellecimiento con la obra del escultor catalán.

Bogotá es una ciudad escasa de estatuas; pero tiene la fortuna de poseer uno de los más perfectos ejemplares de la escultura clásica moderna: la estatua de Bolívar, obra maestra de Teneranni. Entre las muchas estatuas modernas que hemos visto en parques y plazas de Europa y América, no recordamos ninguna que supere en perfección y pureza de líneas, en majestad y grandeza, en fuerza característica a esta de Teneranni, quien en un momento de inspiración feliz adivinó el alma inmensa de su modelo y la encarnó en el bronce, con el poder de concentración que es propio del genio. Esta estatua, por la esbeltez de sus formas y la grandiosa sencillez de la figura, nos recuerda, guardando las justas proporciones, algunas obras maestras del Renacimiento, como la célebre de Bartolommeo Colleoni, del Verrocchio, que es una de las más preciadas joyas de Venecia. Esta pertenece a la aurora del Renacimiento; la otra es una de las últimas manifestaciones de la escultura clásica, que hoy anda bastante decaída, aun en Italia, donde tantas obras pesadas y mediocres afean más bien que adornan las plazas y jardines. Estatuas como la de Cavour en Milán y la de Leopardi en Recanati, no llevarán hasta una posteridad muy remota los nombres de sus autores.

Las otras cuatro estatuas con que cuenta Bogotá están muy por debajo de la de Bolívar, pero no carecen de mérito artístico; y sería injusto no reconocer que la del General Mosquera tiene un aire de marcial elegancia que sintetiza, idealizándolas, las mejores cualidades del personaje; y que el Colón de Sighinolfi, ofrece un conjunto de notable prestancia y majestad. La obra de Renart puede en-
trar en competencia con cualquiera de ellas; y probablemente las vence, aunque su ejecución presentaba mayores dificultades. Es más fácil caracterizar á un caudillo que á un religioso, más fácil hacer brillar la inspiración del genio en el rostro de un vidente que en el de un asceta. La cabeza del Arzobispo, tal como la ha modelado Renart, es un trabajo notabilísimo de caracterización; un modelo de labor acabada y fina. Al contemplar esa frente magnífica; ese perfil de aristocrática distinción, en que se revela la pureza de la raza; esa mirada serena, pero penetrante y vivaz, se comprende perfectamente que de esa urna de elección brotase un pensamiento inmortal; y que la obra predilecta de ese hombre naciera organizada para durar siglos y para resistir impávida los cambios de gobiernos, de instituciones y de ideas; la hostilidad del medio ambiente y hasta la infusión en su organismo, por no breve espacio de tiempo, de miasmas deletéreos. Este es el más envidiable triunfo de un artista: darnos la revelación, en forma sensible, de un grande espíritu. Claro está que el que logró acertar en punto tan difícil, no debió encontrar mayor trabajo para dar al cuerpo una actitud majestuosa, y envolverlo en los elegantes y flexibles pliegues del hábito religioso; para imprimir á la diestra un además de protección paternal y colocar entre los largos y nerviosos dedos de la mano, izquierda el venerable libro de las Constituciones, hecho con tal delicadeza, que parece conservar en el duro metal la tersa elasticidad del viejo pergamo.

Digno coronamiento de la obra de restauración y ensanche del Colegio del Rosario, llevada á cabo bajo el segundo rectorado del Dr. Carrasquilla, es la inauguración de la estatua del Fundador; acto que nos parece lleno de prósperos augurios para el Instituto: porque nada enaltece más á los hombres que la práctica de la justicia, y porque el reconocimiento que tributamos á nuestros mayores es prenda de amor y respeto ante la posteridad.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO
LA SOLEMNIDAD DE HOY

Hoy, en los momentos en que sale á luz el presente número, se está celebrando la inauguración de la estatua que los hijos del Colegio han levantado á su Fundador.

En el próximo número se dará cuenta de la augusta solemnidad. Publicamos en el presente los discursos de los colegiales Dr. D. Nicolás Esguerra y Dr. D. Rafael María Carrasquilla.

Los fotograbados con que adornamos este fascículo son de nuestro amigo y condiscípulo D. Ricardo Roldán, artista distinguido que estudió su oficio en Europa, y que ha querido contribuir con sus talentos y trabajo á la glorificación de su egregio Padre, sacando gratuitamente las vistas fotográficas y las ilustraciones.

Han sido impresos los fotograbados en los talleres de los R.R. PP. Salesianos.

Conste también que la construcción del pedestal, ajustado á los planos y dibujos del escultor Renart, se debe al colegial D. Alejandro Manrique, ingeniero civil y arquitecto de primera nota.

PRIMEROS FRUTOS

Con la erección de la estatua de nuestro Fundador, ha coincidido otro hecho muy grato á los hijos del Colegio. La Facultad de Jurisprudencia, establecida con el Instituto mismo, la que mejores glorias le había dado, en la que se formaron los próceres y demás varones ilustres que fueron ornamento de la Patria, había cerrado sus tareas hacía veinte años. Restableciéase en 1906, y hoy empieza á rendir los primeros sazonados frutos.

El 25 de Septiembre recibió el grado de doctor nuestro querido condiscípulo y amigo D. José Manuel Saavedra Galindo. Al examen asistió la comunidad íntegra, muchos
catedráticos de fuera, varios antiguos hijos y doctores del Claustro, y no pocos ilustrados caballeros, invitados por el graduando.

Ocupaban los puestos de honor, bajo el solio, el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, amigo afectuoso del Colegio, y el Sr. Subsecretario de Instrucción Pública, en representación del Excmo. Sr. Patrón.

El Sr. Saavedra leyó, durante media hora, una parte de su tesis, que versa sobre la separación de los poderes públicos (1). Es un trabajo sobrio, correcto, ordenado, y no carece de la originalidad compatible con esta clase de estudios. Contestó en seguida el Sr. Saavedra las preguntas que, por tres cuartos de hora, le hicieron los examinadores Dr. R. M. Carrasquilla, Dr. Hernando Holguín y Caro y D. Eduardo Restrepo Sáenz. Prestado el juramento, el Sr. Rector le entregó el diploma y el confirió el grado en nombre del Colegio.

El Dr. Saavedra ha sido nombrado por el Tribunal Superior para un puesto importante en el Poder Judicial. Seguirán próximamente al Dr. Saavedra en los honores del grado cinco de sus condiscípulos, no menos inteligentes y aprovechados.

El Colegio de Fray Cristóbal crece y mejora de día en día.

CONSILIATURA DEL COLEGIO

JENARO JIMENEZ
Vicerrector.

LIBORIO ZERDA
Consiliario.

CARLOS UCROS
Consiliario

JOSE IGNACIO TRUJILLO
Consiliario.